tam tam

NOVELAS ECSA

Dos hombres, una mujer y un tesoro

Alan Parker

DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN TESORO

TAM Nº 2

Autor: Alan Parker
ISBN: 9788475180519
Generado con: QualityEbook v0.76

CAPÍTULO PRIMERO

RED CAMERON tenía treinta años y era profesor de historia en la universidad de Sidney, Australia. Se trataba de un tipo bastante apuesto, de cabello rojizo y piel bronceada. Tenía mucha aceptación entre las mujeres por lo que había tenido serios enfrentamientos con el director de la universidad a causa de ciertos devaneos con algunas de sus alumnas.

Y lo bueno del caso era que Red distaba mucho de ser un conquistador. Era demasiado tímido. Eran ellas las que le buscaban a él. Red se limitaba a dejarse querer. Jamás daba el primer paso. De haber sido un hombre más atrevido, hubiera causado verdaderos estragos entre las féminas.

Pero Red Cameron tenía otras cosas más importantes en las que pensar. Por ejemplo en el miserable sueldo que cobraba en la universidad. Y en su futuro. Ese futuro que se le antojaba tan negro como aquellos nubarrones que se aproximaban por el noroeste y que él observaba con atención desde la ventana de su sencillo apartamento de la calle Golberg.

Con una taza de té en sus fuertes manos, Red pensaba una vez más en su futuro, observaba aquellos nubarrones y escuchaba, a lo lejos una suave melodía en la radio. Todo al mismo tiempo, mezclado. Como cada tarde, como cada día, como cada hora de su asquerosa existencia.

Sonó un trueno y Red se apartó de la ventana. Dejó la taza sobre una mesa en la que había varias libretas con los ejercicios de sus alumnos para corregir y encendió un cigarrillo.

¡Si la respuesta de México fuese la que él estaba esperando!

Pero no quería hacerse demasiadas ilusiones al respecto porque aunque fuese así, no tenía dinero para llevar a cabo una aventura como

aquélla.

Y aunque lo tuviera, nadie le garantizaba que aquel inmenso tesoro aún siguiese allí, entre las ruinas de un galeón español esperando a que él, Red Cameron, fuese a rescatarlo.

¡Sueños, sueños!

Todo era un maldito sueño provocado por su ansia de abandonar de una vez por todas su miserable existencia.

Esperó a que los negros nubarrones descargasen su ira sobre la ciudad y abandonó el apartamento.

Era la hora de cenar.

* * *

Cenaba en un pequeño bar decorado muy al estilo inglés.

Se llamaba Big-Ben. Sus dueños eran de Southampton aunque llevaban quince años anclados en Sidney. Red se sentía muy a gusto en aquel agradable rincón de la calle Wellington quizás porque también él era inglés y había nacido en Southampton.

—Buenas noches, Don —saludó Red dirigiéndose el dueño del local que en aquel mismo momento estaba sirviendo dos enormes jarras de cerveza negra.

—Hola, Red —respondió Don con una sonrisa. Era un tipo muy simpático. Tenía una enorme panza y un ensortijado cabello rubio.

Red ocupó su mesa de todas las noches y observó a Don. Sabía que estaba forrado de billetes. Aquel maldito gordinflón le estaba sacando buen jugo al bar, siempre lleno de ingleses con morriña. Y además no tenía que compartir las ganancias con nadie puesto que era viudo y no tenía familia. Red estaba seguro de que si alguna vez necesitaba dinero para su aventura, Don se lo prestaría. O al menos eso era lo que suponía…

Don se acercó con un plato que contenía una sonrosada salchicha con puré de patatas y guisantes. En la otra mano llevaba una jarra de cerveza.

—¿Qué tal va eso, profesor? —preguntó Don dejando ambas cosas sobre la mesa.

—Como siempre, es decir, mal —respondió Red.

—¡A ver si algún día deja de quejarse, hombre! —sonrió Don alejándose para atender a tres nuevos clientes que acababan de entrar.

«Qué más quisiera yo», gruñó Red para sí mientras la emprendía con la salchicha.

En aquel momento entró Jack el Marino.

Era un tipo de treinta años, fuerte como el palo mayor de un buque. Tenía unos poderosos brazos tatuados y unas manos como mazos. Bajo su sucia gorra de lana roja se ocultaba un bosque de cabello rizado y negro como su sencilla indumentaria compuesta por unos trasnochados pantalones y una ajustada camiseta.

Jack el Marino era un tipo muy curioso.

Actualmente trabajaba de estibador en el puerto y sin embargo era uno de los hombres que más cosas sabía sobre la mar en todo Sidney. Había dado tres veces la vuelta al mundo, era un experto submarinista y un excelente mecánico. Podía pilotar con los ojos cerrados cualquier tipo de embarcación, mejor que cualquier relumbrante capitán.

Sin embargo, su peor enemigo era la bebida. Se emborrachaba con demasiada frecuencia y por ese motivo nadie le quería en su tripulación.

No había nada en común entre Jack y Red y sin embargo se habían hecho grandes amigos, posiblemente porque ambos aspiraban a lo mismo; el dinero. Jack era la única persona en Sidney que estaba al corriente de los planes de Red.

—Hola, profesor —saludó Jack sentándose frente a su amigo y cogiendo con sus poderosos dedos un pedazo de salchicha perdido entre el puré de patatas. Se lo zampó en un abrir y cerrar de ojos y luego se limpió en los pantalones. A continuación, agarró la copa de Red y apuró la cerveza.

Red le hizo una indicación a Don para que le trajese dos nuevas jarras de cerveza. Jack encendió su vieja pipa malaya, dio algunas chupadas y observó a su amigo a través del humo. Red movió la cabeza.

—Nada —dijo—. Todavía sin noticias.

Don llegó con las jarras, las depositó sobre la mesa y miró a Jack.

—No te olvides de que me debes dos libras —le dijo el dueño del Big-Ben.

—¡No me he olvidado, viejo avaro! —gruñó Jack echándole el humo en la cara—. Te las pagaré el próximo viernes,

Cuando Don se hubo alejado lo suficiente, Jack se acodó sobre la mesa.

—¿Sabes lo que te digo, Red? Que empiezo a creer que esa carta no llegará nunca.

—Es posible —respondió Red.

—Debo haberme vuelto loco por haberle hecho caso a un tipo como tú, Red. ¡Un tesoro! ¡Vaya tontería! He oído mil historias acerca de

tesoros y ninguna era cierta. ¿Por qué diablos he tenido que hacerte caso a ti?

—A lo mejor porque te caigo simpático —sonrió Red.

—Sí, debe de ser eso… Oye, ¿cómo andas de pasta?

—Sólo tengo cinco libras.

—Será suficiente.

—Suficiente ¿para qué?

—Para despachurrar a el Chino.

—¿Quién es ese tipo?

Jack apuró la cerveza y se puso de pie.

—Ven conmigo. Te lo presentaré.

* * *

Una ligera brisa del norte llevaba hasta los dos hombres el inconfundible olor a mar mientras caminaban por los oscuros muelles donde cientos y cientos de cajas apiladas proyectaban sus sombras sobre el húmedo suelo.

—¿Dónde diablos me llevas? —preguntó Red.

—A un almacén abandonado que hay en el muelle 14.

—¿Y qué se cuece allí?

—Una interesantísima partida de dados.

Red se detuvo.

—¡Eh, un momento! ¿Es que piensas que voy a jugarme mis últimas cinco libras a los dados? ¡Debes estar loco!

Jack sonrió astutamente.

—Profesor, aún tienes mucho que aprender de tu amigo el marinero. ¿Crees acaso que iba a permitir que te jugases tus últimas cinco libras si no estuviese seguro de que iba a triplicar tu miserable capital?

—¿Y cómo diablos estás tan seguro de eso?

Jack se echó mano al bolsillo trasero del pantalón y luego la mostró con un par de dados en su palma.

Red miró a su amigo. Jack estaba riendo.

—Están trucados… —aclaró.

* * *

Tal como había dicho Jack el Marino la partida tenía lugar en un sombrío almacén abandonado bajo una débil bombilla.

Había media docena de tipos arrodillados formando un círculo. El único que permanecía de pie era un individuo vestido totalmente de blanco y con sombrero de paja. Llevaba un clavel rojo en el ojal y

fumaba en una larga boquilla de nácar. Era Sing-Hoi el Chino. Contrabandista de vía estrecha, matón y organizador de apuestas. Un tipo de cuidado que sonreía poco y cuando lo hacía, es que algo grave estaba a punto de ocurrir.

Los almendrados ojitos de Sing-Hoi taladraron a los recién llegados. Reconoció a Jack y se tranquilizó.

Jack hizo una rápida indicación con el pulgar en dirección a Red.

—Es un buen amigo. De toda confianza.

El chino asintió con la cabeza aunque sin apartar sus ojitos de rata del profesor.

Jack se arrodilló y le hizo un gesto a Red para que hiciera lo mismo. Sing-Hoi seguía observándole. Red, que se había dado cuenta del detalle, le dio un codazo a su amigo.

—Creo que no le he caído muy simpático al oriental —murmuró el profesor—. No me quita la vista de encima.

—¡Bah! No le hagas caso. Hace lo mismo con todos la primera vez. Y ahora dame la pasta.

Red se la entregó a regañadientes. ¡Adiós a sus últimas cinco libras! Tendría que pedirle un anticipo sobre su sueldo al cajero de la universidad…

Sin embargo quince minutos después, Jack ya había ganado treinta libras. Claro que con trampas. Red se había empezado a poner nervioso. Si alguien descubría el truco estaban perdidos. Le dio otro codazo a su amigo.

—Ya está bien por esta noche, Jack —le dijo con todo el disimulo de que fue capaz—. Vámonos de aquí. Estoy empezando a ponerme nervioso.

Pero Jack no le hizo ni caso y siguió jugando con sus dados trucados y ganando.

De repente, un reluciente zapato de charol apareció como por arte de magia en el centro del círculo atrapando los dados bajo el mismo.

Todos levantaron sus sorprendidos rostros hacia el chino.

Red empezó a sudar.

—¿Qué sucede, Sing-Hoi? —se atrevió a preguntar con toda tranquilidad Jack.

—Tienes demasiada suerte, marinero —respondió el chino inclinándose para recoger los dados.

En ese mismo instante, Jack agarró sus ganancias pegó un brinco y gritó:

—¡Larguémonos, Red!

Cuando el profesor se puso de pie su amigo ya estaba corriendo como alma que lleva el diablo en dirección a la puerta. Alguien le agarró la pierna derecha. Red tiró con fuerza y pudo escapar del cepo aunque a costa de perder el zapato. Luego, sin pensárselo dos veces, echó a correr detrás de Jack. El chino bramó:

—¡Coged a ese puerco!

Cuando corría en dirección a la salida, Red percibió detrás suyo el inquietante ruido de las suelas de sus perseguidores al chocar contra el suelo. Esquivó un par de bultos y por fin se encontró en la húmeda calle. Oyó un lejano silbido y al volver la cabeza, vio a Jack a bordo de una pequeña embarcación de motor. Red corrió hacia allí y saltó a su interior mientras su amigo la ponía en marcha y se alejaban rápidamente perdiéndose entre la espesa bruma del muelle.

Red, sin embargo, aún acertó a distinguir la inconfundible figura del chino, quien con su impecable traje blanco, estaba junto a la puerta del almacén como un muñeco de nieve en la cerrada noche.

Luego, volvió la mirada hacia su amigo. Red estaba furioso. Sin embargo, Jack parecía muy tranquilo. Tenía una especie de sonrisa burlona en sus labios.

—¿Te has divertido, profesor? —preguntó de pronto.

—¡Vete al diablo, Jack! —gruñó Red— ¡Esos tipos han estado a punto de echarme el guante y te aseguro que no hubiese sido nada divertido! ¡Tú y tus malditos dados trucados!

—No te quejes, hombre… —se rio Jack—, Al fin y al cabo no nos ha ido tan mal. Tengo cincuenta libras en el bolsillo.

—No vuelvas a contar conmigo para este tipo de aventuras, Jack —volvió a gruñir Red encendiendo un cigarrillo—. ¿Sabes una cosa? Las ganancias tendré que emplearlas en comprarme un par de zapatos.

Jack soltó una carcajada mientras arrimaba la embarcación a una escalera de madera. Saltó fuera y la amarró en la barandilla de la misma. Luego, le hizo una indicación a Red para que le siguiera.

Mientras subían los húmedos escalones, el marinero se volvió a su amigo.

—Te invito a un trago, muchacho —le dijo.

—¡No, gracias! —contestó rápidamente Red—. Me voy a casa antes de que agarre una pulmonía. Además, mañana tengo que ir a la universidad.

Pero Jack le agarró por un brazo y se lo llevó a la fuerza.

—Profesor, la noche es joven y quiero que conozcas a alguien.

—¿A alguien como ese chino?

—No, esta vez no, profesor. La persona que quiero presentarte es mucho más guapa y hasta es posible que te preste un par de zapatos.

* * *

La chica se llamaba Paula y cantaba en un club de mala muerte llamado Corazón Solitario. Era bastante bonita. Tenía un largo cabello rubio y exuberantes formas.

Cuando Jack y Red entraron en el tugurio sólo había media docena de clientes. Paula estaba sentada a la barra, con aire aburrido. Sin embargo su rostro se alegró al ver a Jack, saltó del taburete y se arrojó en sus brazos. Jack le presentó a su amigo y ella hizo un guiño como dando a entender que no estaba nada mal.

—Préstale un par de zapatos —le dijo el marinero a la chica.

—¿Y de dónde quieres que los saque?

—Déjelo, no tiene importancia —masculló Red fulminando a Jack con la mirada. Luego, se acercó a la barra y pidió un whisky doble. Al poco rato, el marinero y la chica se aproximaron a él.

—Creo que en casa tengo lo que necesitas —dijo la muchacha—. Un par de flamantes botas que se olvidó mi hermano cuando se largó a África del Sur hace seis meses.

—Se lo agradezco, Paula —respondió Red dejando el vaso vacío sobre el mostrador—, pero ahora mismo voy a ir en busca de un taxi y me largo a casa. Además, ya se ha hecho muy tarde.

—¡Vamos profesor! —exclamó contrariado Jack—. ¡Pero si sólo son las once y media!

—No es muy galante por tu parte rechazar de ese modo la amable ayuda de una señorita —añadió Paula sonriendo.

—Tomaremos un par de copas y nos largamos, Red…

—¡Pero es que me siento ridículo yendo de un lado para otro con un pie desnudo!

Red, muy a pesar suyo, tuvo que soportar una infame canción de Paula para un público invisible. Jack fue el único en aplaudir con entusiasmo.

Diez minutos después, abandonaban el Corazón Solitario.

* * *

Paula vivía en un sencillo pero confortable apartamento que despedía un fuerte olor a sándalo.

Cuando entraron allí, Jack señaló en dirección a un par de abultadas maletas que había en un rincón del living.

—¿Es que te vas de viaje? —le preguntó a la chica.

—No son mías —aclaró Paula mientras buscaba algo en un armario —. Son de Agatha.

—¿Y quién diablos es Agatha? —preguntó con curiosidad Jack.

—Agatha soy yo —se oyó a sus espaldas.

Los dos hombres se volvieron.

Jack dejó escapar un silbido de admiración. Red no había visto en su vida una mujer tan hermosa como aquélla.

Era morena y sus ojos eran verdes. Tenía una sonrisa enigmática, casi diabólica. Su insinuante cuerpo se ocultaba bajo una bata de seda no lo bastante larga como para no permitir admirar un par de preciosas piernas y el inicio de unos torneados y prietos muslos.

—Ya sé… —murmuró al fin Jack—. Has caído del cielo…

Paula le dio un codazo.

—Despierta, marinero —dijo mientras le entregaba un par de botas a Red—. No ha caído del cielo, sino que ha llegado de París hace cinco horas. Agatha, éste es Jack. Ya te he hablado de él. Y éste es Red, su mejor amigo.

Red se había sentado en una butaca pero no se decidía a ponerse las botas. Contemplaba a la muchacha con expresión estúpida.

—¿Qué has venido a hacer a Sidney? —le preguntó Jack.

—En busca de trabajo —respondió Agatha.

—Es una historia demasiado larga y aburrida para contarla ahora — intervino Paula colocando cuatro vasos sobre una mesa. Luego los llenó de whisky. Cada uno cogió el suyo. Paula alzó su vaso.

—Brindemos…

—¿Por qué? —quiso saber Jack.

—Por nuestro encuentro —sonrió dulcemente Agatha—. ¿Os parece bien? Sois mis primeros amigos en Sidney.

—¡Una buena idea! —exclamo Red—. ¡Brindemos por eso!

Los cuatro vasos chocaron en el aire.

Al insigne profesor de Historia no le hubiese parecido tan buena idea de haber podido adivinar el futuro.

CAPÍTULO II

CUANDO RED abrió los ojos al día siguiente, tuvo la sensación de que había pasado la noche en el asiento de una noria en marcha.

Todo daba vueltas a su alrededor, la cabeza y el estómago le dolían terriblemente y cuando intentó ponerse en pie, las piernas no le obedecieron y volvió a caer sobre el sofá.

Fue entonces cuando al mirar a su alrededor recordó claramente lo que había ocurrido. ¿Cómo no iba a recordarlo viendo a su amigo Jack en calzoncillos derrumbado sobre la alfombra durmiendo como un tronco abrazado a la semidesnuda Paula?

Habían cogido una cogorza imponente la noche anterior y ahora estaba pagando las consecuencias porque él no estaba acostumbrado a beber y ahora se sentía terriblemente mal.

¿Y Agatha?

Se puso pesadamente de pie y se dirigió tambaleante al pequeño dormitorio que había junto al living.

La muchacha estaba acostada, durmiendo como un ángel. Uno de sus hermosos muslos asomaba tentador bajo las sábanas.

Red recordó entonces que a mitad de la fiesta les había dicho que se sentía muy cansada a causa del viaje y que se iba a la cama. La contempló extasiado durante unos segundos. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida. ¡Dios bendito! ¡Daría cualquier cosa por poseerla!

Volvió a la realidad y consultó su reloj. ¡Las nueve y media! ¡Hacía una hora que tenía que estar en su aula de la universidad! Seguramente le habrían telefoneado a casa para averiguar si estaba enfermo. ¡Vaya desastre! ¿Qué excusa le iba a dar al director?

Rápidamente se metió los faldones de la camisa en el pantalón, se arregló un poco los revueltos cabellos, cogió la americana de encima de una silla y abandonó corriendo el apartamento.

El sol dañó sus ojos al salir a la calle y durante unos instantes tuvo que ocultarlos entre sus manos. ¡Maldita sea! ¿Por qué le habría hecho caso a Jack la noche anterior? Su amigo siempre le estaba metiendo en líos.

Llamó un taxi y dio la dirección de la universidad y mientras se dirigían hacia allí a través del intenso tráfico, Red intentó imaginar la cara con que le recibiría el director en su despacho. Iba a ser terrible. Las relaciones entre ambos no eran nada buenas y ahora sólo faltaba aquello. Red no quería ni pensar en la posibilidad de un despido. Sería espantoso dadas las dificultades para encontrar uno nuevo.

Quince minutos después estaba en el regio despacho del director deshaciéndose en excusas. El orondo caballero le escuchó pacientemente.

—No me he creído una sola palabra de lo que me ha dicho, señor Cameron —dijo finalmente el director mirando a Red por encima de sus gafas.

Red ya se temía aquello. Aquel tipo no era ningún estúpido.

—Lo que realmente creo —siguió diciendo el director— es que ha estado usted de juerga toda la noche con alguna de sus alumnas.

—Señor director…

El orondo director se puso de pie.

—Señor Cameron, tiene usted un aspecto deplorable. Impropio de un profesor de esta universidad. Su conducta también deja mucho que desear.

—Señor director, yo…

—Señor Cameron, lamento tener que decirle que esto no puede continuar así. Por lo tanto, me veo en la desagradable obligación de pedirle que se busque un nuevo empleo.

—Pero…

—Es todo cuanto tengo que decirle, señor Cameron.

Red abandonó el despacho del director con la misma sensación que un boxeador cuando se dirige a su rincón después de un mal asalto.

Media hora más tarde entraba en su apartamento y se dejaba caer pesadamente en una butaca. ¡Toda la culpa era suya por haberse comportado de un modo tan inconsciente! Tenía que haber previsto que dada la tirantez existente entre él y el director de la universidad, éste

encontraría buena cualquier excusa para echarle de patitas a la calle. ¿Qué iba a hacer ahora?

De pronto vio algo en el suelo, junto a la puerta.

Era un sobre.

Red se levantó y cuando lo tuvo en sus manos, su corazón pegó un brinco.

La carta era del archivero mayor de la ciudad de Acapulco, México.

¡La carta que había estado esperando!

* * *

Encontró a su amigo Jack sentado en uno de los muchos fardos que iban a ser cargados en un buque de transporte ruso.

Tenía la pipa entre los dientes y la gorra sobre los ojos.

—Red, me siento fatal —murmuró a guisa de saludo—. El whisky que nos dio Paula debía ser matarratas. ¿Y tú cómo te sientes, muchacho?

—¡Mejor que nunca! —exclamó Red riendo abiertamente.

Jack le miró extrañado.

—¿A que va a resultar que el alcohol te sienta mejor que a mí?

Red tomó asiento junto a su amigo.

—Jack, hoy es un gran día…

—¿De verdad? ¿Qué tiene de especial?

—¡Me han despedido de la universidad!

Jack se levantó el gorro hasta la mitad de la frente y observó a su compañero.

—¿Te han despedido de la universidad y dices que es un gran día? Red, creo que el matarratas de Paula te ha dañado el cerebro.

Red le mostró el sobre.

—¿Sabes lo que es esto?

El desencajado rostro de Jack se iluminó.

—¿La respuesta de México?

—Exactamente.

—¿Y qué dice? ¿Son buenas noticias?

—No pueden ser mejores. Confirman mi teoría. En efecto, en noviembre de 1733, el Santa Lucía partió de Acapulco con un cargamento de oro acuñado con destino a las colonias de su Majestad Católica en las islas Filipinas. El Santa Lucía no llegó nunca a Manila. Se supone que debió hundirse durante alguna tormenta o caído en poder de los piratas de los mares de China.

—¿Y la moneda de oro? —preguntó entusiasmado Jack.

—Es auténtica —respondió riendo Red al tiempo que le mostraba una reluciente moneda de oro que acababa de extraer de uno de los bolsillos de su americana.

—¿De verdad? —casi gritó Jack.

—Sí, amigo. El cuño es contemporáneo del Santa Lucía y pudo muy bien haber sido parte del cargamento.

—¡Yupiiiii! —gritó Jack saltando al suelo—. ¡Somos ricos!

—¡Eh, eh, un momento! —la calmó Red—, No tan aprisa, muchacho. Todo coincide pero aún no hemos encontrado el Santa Lucía.

—¡Lo encontraremos! ¡Vaya que lo encontraremos, Red! —exclamó Jack cada vez más entusiasmado—. ¿O es que no sabes que estás hablando con el mejor buceador del mundo?

—No me refiero a eso, Jack —murmuró Red—, ¿Quién va a financiar la expedición?

Jack se guardó la pipa en el bolsillo trasero de su viejo pantalón negro.

—Sí, tienes razón —admitió— pero no podemos dejar escapar una oportunidad como ésta, Red. ¡Tenemos que conseguir el dinero aunque sea asaltando un banco!

—No sería mala idea.

—Cuenta conmigo.

—En serio, Jack. Estoy de acuerdo contigo en que es una magnífica oportunidad para hacemos ricos, pero la verdad es que no tenemos ni una miserable libra.

—¿Cuánto calculas que haría falta?

—Por lo menos cinco mil. Y quizás me quede corto.

—¡Uf! —Jack se rascó la nuca—. No he visto tanto dinero junto en toda mi perra vida. Oye…, se me está ocurriendo una idea…

—¿Qué idea?

—Apostar a los caballos. Conozco a un tipo que podría ayudarnos.

—¡Vamos, Jack!

—Te hablo en serio. Sólo necesitamos cien libras.

—¿Cien libras? ¿Y de dónde las sacamos?

—Paula puede prestármelas.

Red se quedó pensativo.

—¿Y ese tipo? ¿Quién es?

—Un corredor de apuestas. Me debe un par de favores. Todo lo que

podemos perder son cien libras Red.

—De acuerdo. Vamos a ver a tu amiguita.

* * *

Sorprendieron a las dos muchachas comiendo un plato de spaghetti. Agatha se había puesto una ligera blusa blanca que siluetaba sus firmes senos. Se había recogido el pelo. Estaba preciosa.

—¿Cien libras? ¿Que te preste cien libras? —preguntó Paula después de escuchar a Jack—. ¿Y de dónde diablos quieres que las saque?

—Vamos Paula —rezongó Jack—, no irás a decirme que no tienes cien libras…

—¡Claro que no! ¡Estamos a final de mes! Además ¿para qué necesitas tanto dinero?

—No puedo decírtelo.

—Red… —Paula miró al amigo de Jack—. ¿Tú también estás metido en esto?

—Sí, pero será mejor que lo olvides. Vámonos, Jack.

—Yo puedo prestaros ese dinero —dijo entonces Agatha—. Tengo unos pequeños ahorros.

Jack se sentó al lado de la muchacha.

—¿De verdad, pequeña? ¿Nos harías ese favor?

—¿Por qué no? Somos amigos, ¿no?

—¡Esta chica es maravillosa —casi gritó Jack.

—Está loca… —murmuró Paula—. Agatha, será mejor que te guardes tus ahorros…

—Si todo va bien —intervino entonces Red— te devolveré cinco mil, Agatha…

—Pero ¿qué diablos os lleváis entre manos? —preguntó intrigada Paula mirando a los dos hombres.

—Eso no es cosa tuya —gruñó Jack. Luego se volvió para mirar a Agatha—. Venga esos cien libras, nena.

La muchacha se levantó, fue al dormitorio y regresó poco después con el dinero. Se lo entregó a Red.

—Acabas de hacer el mejor negocio de tu vida —le dijo éste guardándoselo en un bolsillo de la americana—. Suponiendo que todo salga bien, claro…

—No te preocupes demasiado, Red —respondió ella encantadoramente—. Cien libras no son más que cien libras.

—¡Eres estupenda! —exclamó Jack dándole un beso en la mejilla.

Luego, los dos hombres abandonaron el apartamento.

* * *

Mike el Travieso era un tipo pequeño, todo en él era pequeño a excepción de las enormes gafas negras.

Un enorme pañuelo blanco colgaba como una bandera a media asta del bolsillo superior de su impecable americana a cuadros.

Tenía un pequeño despacho en la calle Paxton y una secretaria imponente que sabía hacer de todo menos escribir a máquina.

Mike dejó el enorme puro sobre el cenicero en forma de cabeza de caballo y miró a los dos recién llegados.

—Jack…

—Hola, Mike. Este es mi amigo Red Cameron.

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Quiero apostar, Mike.

—Ya. Y quieres que yo te aconseje ¿eh?

—Exacto.

—No puedo hacerlo.

Jack se puso lívido.

—¿Por qué no?

—¿Conoces a el Chino?

Red se atragantó.

Jack asintió con la cabeza, en silencio.

—Os la tiene jurada. Si se entera que te he ayudado, me degollará.

—No tiene por qué enterarse, Mike —murmuró Jack—, Si tú no se lo dices, no seremos nosotros quienes le vayamos con el cuento.

—No me fío —respondió Mike el Travieso volviendo a coger el puro y llevándoselo a la boca—. Ya sabes que en este mundo nuestro se acaba por saber todo y el Chino tiene muy malas pulgas. La culpa no es mía, Jack. No debiste jugar con dados trucados.

Jack dio un inesperado rodeo a la mesa y agarró a Mike por las solapas.

—Escucha, renacuajo —masculló, levantándole como a una pluma —. Es posible que hayas olvidado que me debes un par de favores, ¿eh? ¡Pues puedo refrescarte la memoria abriéndote la cabeza!

Mike, con el puro colgando de sus temblorosos labios, asintió con la cabeza.

Jack le dejó caer sobre el asiento.

El corredor se arregló la americana, se limpió el sudor con el

pañuelo y miró a Jack.

—Tienes razón —dijo—, te debo un par de favores. Lo había olvidado. Y soy un tipo al que le gusta devolver los favores. ¿Cuánto quieres apostar?

—Cien.

—De acuerdo —Mike aplastó el puro en el cenicero—. Recuerda este nombre: «Explosión». En la tercera carrera de Randswick, esta tarde a las cinco.

—Eso está mejor —musitó Jack cogiendo a su amigo por el brazo y dirigiéndose hacia la salida.

—¡Pero recuerda que yo no te he dicho nada! —casi gritó Mike el Travieso—. ¡No me gustaría tener que entendérmelas con el Chino.

La secretaria estaba sentada tras su pequeña mesa. Tenía las piernas cruzadas de tal modo que mostraba la totalidad de los muslos. Se estaba haciendo la manicura cuando los dos hombres pasaron junto a ella.

—Tu jefe te llama, preciosa —le sonrió Jack—. Creo que quiere dictarte una carta.

La chica puso cara de tonta.

—¿Que quiere dictarme una carta? —repitió atónita—. ¡Oh, no! ¡Mike no puede hacerme eso!

Y casi se echó a llorar.

* * *

Todas las apuestas estaban a favor de un caballo llamado «Flash». Al parecer era el favorito.

—Creo Que tu amigo te ha tomado el pelo —dijo Red después de que Jack retirase los boletos en la taquilla a favor de «Explosión».

—No hagas demasiado caso de ese tablero, Red. Vamos a la tribuna.

«Explosión» llevaba el número 7. Era un precioso caballo negro. Lo montaba un jockey llamado McAndrews.

—¿Cuánto ganaríamos? —quiso saber Red.

—Alrededor de las siete mil libras.

—¿Tanto?

El entrenador ayudó a montar a McAndrews. Revisó las cinchas y tensó las riendas. Luego, ambos se estrecharon las manos. Poco después, el juez los dirigió hacia la pista. McAndrews llevaba a «Explosión» a paso lento y el caballo braceaba con tanta delicadeza como una bailarina. Dio un respingo y escarceó cuando pasó junto a él un gran bayo, calentándose a medio galope, pero McAndrews le tranquilizó y

tensó un poco más la brida.

«Explosión» ocupó el puesto número siete en la barrera. Era un buen sitio, casi el centro de la pista. No podrían empujarle contra la valla ni echarle fuera en las vueltas y si McAndrews conseguía hacer una buena salida, podría correr libremente hasta llegar a los últimos mil metros donde se ponen a prueba el músculo y el brío del caballo y la astucia y la habilidad del jinete.

De pronto, se levantaron las cintas. La multitud empezó a gritar. ¡La carrera había comenzado!

Red nervioso, encendió un cigarrillo. Era mucho lo que se jugaban en aquella carrera. Nada menos que su futuro.

Un capón ruano y un gran tordo corrían por la parte exterior de la pista y un grupo de rezagados, entre los que se encontraba «Explosión», trataban de recuperar terreno.

—¡Yo lo estaría haciendo mejor que ese caballo! —gruñó Red.

—Calma, amigo —le pidió Jack sin apartar los ojos de la pista—. Se ve que no estás acostumbrado a cierto tipo de chanchullos.

Poco a poco, «Explosión» fue adelantando posiciones.

A los dos mil quinientos metros todavía eran ocho los caballos que iban en cabeza, pero dos de ellos estaban retrasándose y «Explosión» seguía tras los otros seis.

La carrera de McAndrews fue bastante corriente hasta que llegó a la recta final. El favorito pasó a colocarse junto a la valla. Otros tres caballos avanzaban juntos y «Explosión» iba tras ellos a un cuerpo de distancia.

El jinete favorito empezó a utilizar el látigo.

Los tres primeros caballos alargaban el paso cuando los jockeys se inclinaron hacia adelante, apoyándose en los estribos. Si «Explosión» no adelantaba en aquel momento, adiós sueños.

Súbitamente Red casi pegó un brinco.

McAndrews había llevado a «Explosión» hacia la parte exterior de la pista. Estaba a cuatro cuerpos de distancia del primero, pero había abandonado la silla y se sujetaba con las rodillas a la cruz del animal. Llevaba la cabeza detrás de las orejas de su montura, le estaba soltando riendas y el caballo avanzaba rápidamente.

Jack escupió tabaco.

Red arrojó el cigarrillo a medio consumir sobre uno de los espectadores.

Tres cuerpos, dos…, y se colocó junto al primero.

Entonces, McAndrews le tocó con el látigo, tan ligeramente que parecía imposible que «Explosión» lo sintiera, y el negro corcel hizo un último avance que le dio la victoria por un cuerpo y medio de ventaja sobre su inmediato seguidor.

Jack Y Red se abrazaron entusiasmados.

¡Ahora ya podían ir en busca del Santa Lucía!

CAPÍTULO III

AQUELLA noche, después de haber cobrado las cinco mil setecientas libras que les habían correspondido, invitaron a cenar a las dos chicas.

—Pero ¿cómo diablos habéis conseguido tanto dinero? —les preguntó muy extrañada Paula.

—No puedo decírtelo, nena —le respondió Jack—, Lo que sí puedo anticiparte es que vas a estar varias semanas sin verme el pelo.

Ella le miró por encima de la pequeña lámpara que había sobre la mesa del restaurante.

—¿Puedo saber adónde vas?

—No.

Paula dirigió sus ojos hacia Red. El profesor movió la cabeza dando a entender que él tampoco podía decírselo.

—Sois un par de granujas —murmuró Paula—, Apostaría algo a que con ese dinero os vais a dar una buena semana de vacaciones en cualquier lugar de la costa… Mira Jack, que si me entero que te buscas otra aunque sea de quita y pon…

Jack sonrió como un niño. Le complacía que Paula estuviera celosa.

—Nada de eso —aclaró Red—. Vamos a trabajar.

—¡Y no hagas más preguntas! —dijo Jack anticipándose a la curiosidad de su amiga—. Este y yo no podemos hablar ¿comprendes? Es secreto. Si todo sale bien, ya te enterarás a su debido tiempo.

Cuando abandonaron el restaurante, Paula les propuso ir a su casa a tomar unas copas. Sin embargo, Red ya había trazado sus propios planes.

—Agatha y yo vamos a dar una vuelta por la ciudad. La muchacha apenas conoce nada ¿no es cierto?

Agatha miró sorprendida a Red. La invitación la había cogido por sorpresa. Pero la idea no pareció desagradable.

—Me parece bien, Red —dijo.

Jack le guiñó un ojo a su amigo. Luego, él y Paula se dirigieron en busca de un taxi.

Red llevó a la chica a un conocido club instalado en una de las cuatro torres metálicas del puerto. Desde allí se contemplaba una maravillosa vista de la ciudad. Sidney, a aquellas horas del atardecer, era una verdadera sinfonía de colores con un cielo anaranjado y violeta como fondo.

El profesor se sentía un poco cohibido ante la presencia de la chica. Su belleza le coartaba y el deseo de poseerla era cada vez más acuciante.

Tomaron algunas copas y después fueron a dar un largo paseo por la ciudad en un carruaje descubierto tirado por un famélico caballo. Red se sentía un poco mareado. No estaba acostumbrado a beber. Ella también parecía más alegre que de costumbre.

—Es una ciudad maravillosa —confesó la muchacha.

—Lo mismo que tú, Agatha —murmuró Red.

Ella le miró con una dulce sonrisa.

—Llámame Ag. Simplemente Ag. Es como me llaman mis amigos.

—Prefiero llamarte Agatha. Me gusta más.

—Como quieras…

—¿Te gustaría venir a mi apartamento? —preguntó de repente Red admirado por su audacia.

Ella volvió a sonreír.

—Depende de para qué quieres que vaya, Red —respondió la muchacha—. Si es para tomar unas copas y charlar amigablemente durante un rato, encantada. Pero no esperes nada más…

—Me conformo con eso.

Una vez en el apartamento de Red, ella criticó amablemente el gran desorden que reinaba allí dentro.

—Deberías buscarte una esposa, Red —dijo la muchacha tomando asiento en el sofá.

—Ya he pensado en ello algunas veces —respondió el profesor mientras preparaba un par de Martini—, pero todavía no he encontrado la mujer a mi medida…

Le entregó la copa y se sentó junto a ella. La observó con creciente

deseo mientras bebía. Sus pechos eran dos exquisitas manzanas…

—Háblame de ti… —le dijo Red.

—¿Y qué quieres que te diga? —ella se encogió de hombros— He sido una persona con muy mala suerte en esta vida. Nada me ha salido bien. Jamás he podido ver realizado ni un solo de mis sueños y dudo que jamás pueda conseguirlo.

—¿Y qué esperas conseguir en Sidney?

—Un poco de estabilidad, trabajo, algo de dinero. Me conformo con eso. En Europa las cosas están mal. Espero que aquí estén algo mejor. Por eso he venido.

Red, en un acto de suprema valentía, le cogió una mano.

—A lo mejor yo soy esa suerte que andas buscando, Agatha —murmuró roncamente.

—¿Tú?

—¿Quieres otro Martini?

—Bueno…

—A lo mejor dentro de algunas semanas soy un hombre rico, Agatha.

—¿De verdad?

—Sólo espero tener un poco de suerte.

—¿Se trata de alguna herencia?

La muchacha no apartó sus hermosos ojos de Red mientras éste le entregaba la copa. Era evidente que las palabras del profesor la habían intrigado.

—Voy a contarte una historia, Agatha —dijo finalmente Red—, pero has de prometerme que guardarás el secreto.

—Te lo prometo.

—Verás, hace algunos meses decidí ir de vacaciones a una isla llamada Coattú. Es tan pequeña que está en los mapas por casualidad, pero era lo que yo andaba buscando; paz y tranquilidad. Sus aguas son limpias y cristalinas y su paisaje maravilloso. Durante una semana estuve completamente solo. Un día aparecieron unos nativos, unos tipos muy extraños que viven en la selva, al otro lado de la isla. Uno de ellos, el jefe Danka conocía algo de nuestro idioma y así pude enterarme que iban a Coattú una vez por semana a pescar. Hicimos cierta amistad y me regaló una especie de caña para que pudiera pescar en los arrecifes. Aquello me resultó tremendamente divertido porque nunca había pescado. De pronto, y debido a la intensa claridad de las aguas, distinguí algo en el fondo de una pequeña cala. Era una moneda

deformada e incrustada de coral. Por mis conocimientos pude darme cuenta de que se trataba de una moneda del siglo XVII y me pregunté ¿qué hacía una moneda como aquélla en las limpias aguas de Coattú? Empecé a investigar. Era un trabajo arduo y difícil, pero no me desanimé y así averigüé que un viejo galeón español había salido de Acapulco siguiendo los alisios del noroeste del Pacífico lo que le llevaría en dirección Oeste, a lo largo de la línea ecuatorial, para, llegado el momento, virar de nuevo hacia el Norte con rumbo a Manila dejando atrás las Ladronas. El galeón se llamaba Santa Lucía. Jamás llegó a su destino. Lo más seguro es que se viera sorprendido por una tormenta o por los piratas…

—¿Y crees que esa moneda que encontraste pertenecía al tesoro que transportaba el galeón español?

—Estoy seguro que sí, Agatha.

—¿Supones entonces que el barco se encuentra hundido cerca de la isla de Coattú?

—No puede andar muy lejos según mis cálculos. El verano se había desplazado ya hacia Capricornio y si hubiera sido muy al sur, podrían haberle sorprendido los huracanes. De haber sido así, le habrían arrastrado hacia la zona donde se encuentra Coattú y quizás los agudos garfios coralinos desgarraron su quilla y se habría hundido…

Agatha guardó silencio. Meditaba las palabras de Red.

—Pero todo son conjeturas, Red —dijo finalmente.

—Con cierta base lógica.

—¿Y si hubieran sido los piratas? ¿Por qué iban a abandonar una carga tan valiosa?

—A lo mejor ignoraban que el Santa Lucía transportaba un tesoro y quedó en sus bodegas. De todos modos, eso es algo que no averiguaremos hasta que encontremos el galeón.

—Es una historia fascinante —admitió Agatha bebiendo un sorbo de Martini—. Una historia de tesoros…, como en las novelas de aventuras… Sin embargo, me parece poco verosímil, Red.

—Yo tengo absoluta fe en esa historia y en la existencia del galeón. En cuanto al tesoro…, es posible que siga allí… Eso es precisamente lo que me propongo averiguar, Agatha.

—Ahora comprendo para qué necesitáis tú y Jack las cinco mil libras… ¿Crees que habrá suficiente?

—Espero que sí. En realidad no necesitamos gran cosa…

—¿Y cuándo pensáis partir hacia Coattú?

—Dentro de tres o cuatro días a lo sumo.

—¡Cómo me gustaría acompañaros! —exclamó entusiasmada la muchacha—, ¡Me encantan ese tipo de aventuras!

—¿Por qué no vienes? —la pregunta brotó de labios de Red de un modo impensado. El deseo pudo más que la lógica.

Ella le miró sorprendida.

—¿De verdad me dejaríais que os acompañara?

—Por mí no habría ningún inconveniente. Ahora veremos qué opina Jack.

Ahora fue ella quien le cogió una mano. Sus ojos brillaban de esperanza.

—¡Convéncele, Red! ¡Quiero ir con vosotros! ¡Oh, sería fantástico!

Red se llevó la mano de la muchacha a los labios. Ella sonrió con dulzura.

—A mí también me gustaría que vinieras, Agatha —murmuró él—. Estoy seguro de que nos traerías suerte…

—¿Es por eso por lo único que quieres que os acompañe, Red?

Temblando, el profesor la cogió por ambos brazos y la atrajo hacia él. Agatha no ofreció ninguna resistencia cuando la besó dulcemente en la boca.

—Me deseas, ¿verdad? —fue la repentina y sorprendente pregunta de la muchacha cuando él se retiró.

—Con toda mi alma…

Ahora fue ella quien le besó y permitió que Red le acariciase los pechos. Eran duros y firmes. Pero cuando fue a meter una mano por el escote de la blusa, ella se la retiró con firmeza.

—Todavía no, Red. Quiero conocerte mejor…

Se puso de pie. El profesor la siguió con la mirada mientras la muchacha se dirigía hacia la puerta.

Antes de salir se volvió.

Sonreía.

—No hace falta que me acompañes —dijo—. Iré en un taxi.

—Agatha…

—Buenas noches, Red.

Y la puerta se cerró suavemente.

* * *

—¡Tú estás loco! —gritó Jack—, ¡Rematadamente loco! ¿Por qué has tenido que contárselo todo a esa muchacha?

—Sé que guardará el secreto… —respondió Red que empezaba a preguntarse si no habría cometido un error al confiarse a Agatha.

—¿Qué sabes de esa chica? —siguió gritando Jack—. ¡Sólo que tiene un par de buenas tetas y unos muslos impresionantes!

—Jack…

—¡Al diablo contigo, Red! ¡A veces te comportas como un niño!

—Jack hay algo más.

El marinero frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—Le he prometido que vendría con nosotros.

—¿Eh?

—Jack, la chica se encuentra muy sola y estoy convencido que podemos confiar en ella. Además, necesitaremos a alguien que nos haga la comida…

—¡Y un cuerno! —explotó Jack—, ¡Esa es una maldita excusa que te has inventado tú! ¡Yo jamás he necesitado a ninguna mujer para que me hiciera la comida! Red, si ella va, yo me quedo.

—Pero…

—Es mi última palabra.

—¡No seas estúpido, Jack! —ahora fue Red quien se puso a gritar—, ¿Crees que no sé lo que te pasa? ¡Temes que repartamos con ella! Tienes miedo de que me haya comprometido con Agatha para entregarle una parte del botín ¿no es eso?

—¿Lo has hecho?

—No.

—¡Júralo!

—¡Te lo juro! Ni ella me ha exigido nada. Tienes mi palabra.

Jack gruñó algo mientras encendía su pipa.

Luego miró a Red.

—¿Crees que podemos confiar en ella?

—Estoy convencido.

—Te ha absorbido el seso, ¿eh? —sonrió Jack llevándose la pipa a la boca.

—No puedo negarte que es cierto…

—Y quieres llevártela a ver si consigues algo durante el viaje…

—¿Por qué no? Desde luego, pienso intentarlo.

Jack dio un par de chupadas. Miró a su amigo a través de las azules volutas de humo.

—Yo también pienso hacerlo, Red —dijo finalmente.

El profesor se encogió de hombros.

—Puedes hacerlo y si la consigues mejor para ti.

—¿No te molestaría?

—En absoluto.

Jack soltó una carcajada.

—¡No te creo, profesor! ¡Si vieras que ella me prefiere a mí te volverías loco de celos!

—No digas tonterías. Bien, ¿qué le digo?

—Que venga. Puede hasta ser divertido.

Red no respondió a aquel comentario. Lo cierto era que la idea de compartir a Agatha con su amigo no le seducía en absoluto, pero ahora ya no podía volverse atrás.

—De acuerdo —murmuró Red—. Y ahora pongámonos a trabajar. ¿Has localizado el barco que necesitamos?

—Por supuesto —rio Jack—, No es gran cosa, pero caben tres personas perfectamente. Tú, yo y la chica.

—¿Podemos verlo? —preguntó Red de mal humor. —Claro. Está anclado en el muelle tres.

El barco, tal como había dicho Jack, no era gran cosa pero estaba recién pintado y tenía buen aspecto. Se balanceaba ligeramente al compás de las olas. Estaba aparejado y sus metales brillaban resplandecientes. Las velas eran bastante viejas, pero estaban bien remendadas. Tenía una cala en el centro y tres camarotes a popa. La cubierta estaba recién fregada y los aperos ordenados.

—No está mal —admitió Red después de echarle un concienzudo vistazo—. ¿Cuánto pide su dueño?

—Mil.

—Cómpralo.

—Ya lo he hecho —sonrió Jack.

Red miró a su socio.

—¿Y si no llega a gustarme? í Jack escupió tabaco.

—Mira, profesor. Tú podrás enseñarme toda la historia que quieras, pero de barcos no sabes nada. Yo, sin embargo, tengo el doctorado.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo.

—Tendremos que ponerle un nombre.

—Ya lo tiene Explosión.

Ahora fue Red quien dejó escapar una sonrisa.

—¿Como aquel caballo?

—Nos trajo suerte ¿no?

Subieron a bordo y echaron un detenido vistazo en su interior. Los camarotes no eran demasiado grandes pero estaban limpios y en orden. Red sintió una extraña sensación al imaginar que uno de aquellos camarotes lo ocuparía Agatha.

—Te felicito, Jack —dijo finalmente Red—. Has hecho una magnifica compra.

Jack le entregó una lista a su amigo.

—Todo esto es lo que vamos a necesitar.

—Carne, mantequilla, café, fruta en conserva… —Red fue leyendo detenidamente todo lo que el marinero le había apuntado en la larga lista—, dos equipos completos de inmersión y un rifle. ¿Para qué diablos queremos un arma, Jack?

—Nunca se sabe lo que puede pasar y es mejor que vayamos prevenidos.

—De acuerdo, cómpralo todo.

—Ya lo he hecho.

Red dejó escapar un gruñido.

—Entonces ¿para qué diablos pides mi opinión?

—Eres mi socio ¿no? —rio Jack—. Por cierto ¿has practicado alguna vez la inmersión?

—Un par de veces.

—No es suficiente. Tendrás que practicar, profesor. No es lo mismo ir a pescar cangrejos que descender a cuarenta metros…

Red sintió un escalofrío.

CAPÍTULO IV

DOS días más tarde, y a bordo de una lancha, cerca de una playa no muy lejana de la ciudad, Red se disponía a hacer algunas prácticas de inmersión. Junto a él estaba el vigilante amigo Jack el Marinero observando todos los detalles.

—No quiero que te quedes ahí abajo —le dijo con una sonrisa a Red.

—¡Muy gracioso!

Jack ya se había puesto su equipo de inmersión y estaba sentado plácidamente en el único asiento de la lancha sin perder de vista los movimientos de Red.

Después de abrocharse el cinturón de lona, cargado con tres kilos de postas de plomo y con una vaina de cuero trenzado en el que iba el largo cuchillo de acero templado, Red miró a su amigo. Jack asintió con la cabeza.

—Lo has hecho bastante bien, profesor. Sobre todo procura siempre que el cinturón esté fuertemente atado pero sin que dificulte tus movimientos. Y ahora los cilindros.

Jack le colocó los cilindros de aire comprimido a la espalda como si se tratase de una mochila. El aire pasaba directamente a la boca a través de un tubo del mismo material con el que estaban construidos los cilindros.

Jack humedeció la máscara en el agua con objeto de lavar la visera de plástico a fin de que no se empañara durante la inmersión. Luego se la entregó a Red. Le trataba como si fuera su hijo.

Mientras Red se colocaba la máscara, Jack estaba haciendo lo propio.

—Bien —dijo luego el marinero—. Ha llegado el momento.

Red se sentó en el banco del bote y observó con cierto temor en dirección al agua. Jack tenía razón. No era lo mismo ir a pescar cangrejos que sumergirse a cuarenta metros que era la profundidad en que calculaba que se encontraba hundido el galeón.

—¡Vamos! —le apremió Jack—. Cuanto más lo pienses será peor. — Y diciendo aquello le dio un violento empujón. Él se lanzó a continuación.

Durante los primeros minutos de inmersión, Red sintió un miedo horrible a pesar de tener muy cerca de él a su amigo. Aquella espantosa oscuridad le aterrorizaba y sólo habían descendido unos diez metros.

Los corales parecían gigantescos agrandados por la máscara y por el agua, todo allá abajo se le antojaba enorme y peligroso. Era como entrar en una oscura caverna rodeado de monstruos.

Jack le hizo un gesto amistoso para infundirle ánimo. Red asintió con la cabeza dándole a entender que todo iba bien. Sin embargo, y a medida que iban descendiendo, el pánico de Red fue en aumento. Tenía la sensación de que ya no podría volver jamás a la superficie y aquello le produjo una angustia terrible.

Vio a Jack muy por delante de él moviéndose con la misma facilidad que cualquiera de aquellos peces y por primera vez sintió envidia de su amigo. Era más fuerte que él, mejor en muchas cosas. Lo único que podía era enseñarle Historia. Estaba seguro que las mujeres como Agatha preferían a tipos como Jack el Marino…

De repente se sintió muy cansado y con ganas de regresar a la lancha. Le hizo un gesto con la mano a su amigo para indicarle que volvía a la superficie. Jack le dijo que no con un movimiento de la cabeza y a continuación con otro gesto bien significativo le ordenó que prosiguiera bajo el agua.

Poco a poco, Red se fue adaptando a aquel ambiente. La oscuridad ya no le parecía algo trágico; empezó a jugar con los peces, a perseguirlos. Vio que Jack sonreía tras la máscara. El marinero le hizo una indicación con los pies. Red comprendió. Le estaba sugiriendo que los moviera con más rapidez.

Más tarde, hasta logró movimientos que se le antojaron semejantes a los de un trapecista. Su cuerpo había perdido peso y podía mover sus miembros sin el menor esfuerzo. ¡Al fin y al cabo no parecía tan difícil!

Descendieron hasta unos quince metros, muchos más de lo que Red hubiera imaginado que pudiera soportar. Pero allí estaba, sintiendo en su rostro las caricias de las algas, tendiendo las manos hasta tocar las

ramas. Tocó las anémonas marinas con los dedos y vio cómo se encogían, asustadas. Los peces le rodeaban y cuando Red hacía un movimiento, huían despavoridos.

Cuando mejor empezaba a sentirse, vio que Jack le hacía un significativo gesto ordenándole regresar a la superficie.

—Nos izamos a la lancha y nos desembarazamos del equipo.

—¿Qué tal ha ido, Red? —me preguntó Jack.

—Al principio lo he pasado fatal, pero poco a poco me he ido acostumbrando. Ha sido una experiencia magnífica, Jack.

—Me alegro porque esto ha sido sólo el principio, profesor. Tienes que descender aún muchas veces antes de que yo dé el visto bueno y puedas ir en busca de tu sueño dorado…

Con el torso desnudo, dejándose acariciar por el suave sol Red tomó asiento y miró en dirección al horizonte.

—¿Te das cuenta, Jack? —preguntó de pronto—. En algún lugar de estas aguas hay un tesoro esperándonos.

—¿Cuánto crees que puede haber, Red?

—Los datos que poseo del Santa Lucía y de su viaje, no hablan de cantidad, no mencionan cifras. Pero supongo que debe tratarse de mucho dinero, Jack. Oro, quizás joyas…

—¡Se me ponen los pelos de punta sólo de pensarlo! —exclamó el marinero— y también de pensar que no encontremos nada…

—¡Tiene que estar allí, Jack! —exclamó firmemente Red—, ¡Atrapado en la bodega del galeón! Sí, está allí… esperándonos. ¡Estoy seguro de ello!

Red observó a su amigo y le vio con la mirada perdida en dirección a la playa. El profesor volvió la cabeza. Se acercaba una lancha a motor.

—¿Qué ocurre, Jack? —preguntó Red poniéndose de pie.

—Creo que tenemos visita.

* * *

A medida que la lancha se acercaba, Red reconoció a uno de sus pasajeros. Estaba de pie, a proa, y se sujetaba el sombrero de paja con una mano para impedir que se lo llevara el viento. Su impecable traje blanco destacaba poderosamente bajo aquel sol que cada vez era más intenso.

—¡Es el chino! —exclamó Red—. ¿Qué hacemos?

—Creo que lo más prudente será largamos —Jack se dispuso a poner la lancha en movimiento cuando se oyó un grito.

—¡Un momento, Jack! —era la inconfundible voz del oriental—. ¡No quiero pelea! ¡Sólo pretendo dialogar contigo! Jack irguió su enorme cuerpo.

—Me pregunto cómo habrá averiguado dónde localizamos.

—¿Y eso qué diablos importa ahora? —vociferó Red—. ¡Larguémonos!

—Ya es demasiado tarde, profesor. Su lancha es más rápida que la nuestra y nos darían alcance. Además, quiero saber de qué quiere hablamos. De todos modos, estate preparado por si hay gresca.

La lancha en la que iba el chino y dos de sus hombres, se detuvo a pocos metros de la otra. Sing-Hoi sonreía como una rata.

—Buenos días… —saludó.

—Mira, Sing-Hoi —le dijo Jack—. No nos andemos con rodeos. Si has venido a cobrar lo que te birlé, te pago y en paz.

—Ahora eres un hombre rico por lo que veo —respondió el chino sin dejar de sonreír—. Me alegro por ti, Jack. Y por tu amigo el profesor.

—¿Cómo sabes que soy profesor? —preguntó Red.

—Es una buena pregunta —murmuró Jack—. ¿Cómo lo has averiguado, Sing-Hoi?

—Sé muchas cosas de vosotros —el chino no dejaba de sonreír—. Es una molestia que me tomé después de lo sucedido aquella noche en el almacén.

Jack se había puesto en guardia. Había que ir con cuidado con aquel tipo.

—Por ejemplo… —Sing-Hoi colocó cuidadosamente un cigarrillo en la boquilla de nácar—. Sé que le hicisteis una visita a Mike el Travieso y que esa visita os proporcionó una ganancia de seis mil libras y que con ese dinero habéis comprado un…

—Veo que no has perdido el tiempo —masculló Jack—, Bien, vayamos al grano. Te debo cuarenta y cinco libras. Acompáñame a la ciudad y te las pagaré.

Sing-Hoi encendió el cigarrillo, dio un par de chupadas y soltó el humo. Después de hacerlo volvió a sonreír.

—Cuando alguien compra un barco —dijo entrecerrando sus ojitos almendrados—, es por dos motivos; o por placer o por negocios. Yo no creo que lo hayáis comprado por el primer motivo. Más bien me inclino a pensar que lo habéis hecho por el segundo. ¿No es cierto?

—¿Y si lo fuera? —preguntó Red.

—Si lo fuera, me gustaría saber de qué clase de negocio se trata

puesto que si habéis conseguido las seis mil libras es gracias a mí ya que Mike el Travieso es uno de mis hombres. Por lo tanto se podría decir que somos socios ¿verdad?

—Está bien —dijo Jack—. Te voy a decir de qué clase de negocio se trata, Sing-Hoi. Red y yo nos vamos a dedicar a la trata de blancas.

El chino se puso repentinamente serio.

—Me estás tomando el pelo, socio —masculló—. Y eso no me gusta.

—¡Escúchame, Sing-Hoi! —explotó Red—. Esta conversación me parece absurda. No tenemos por qué decirte qué clase de negocios vamos a emprender Jack y yo. De acuerdo, te birlamos cuarenta y cinco libras. Te devolveremos cien y en paz.

—¿Tú qué dices a eso, Jack? —preguntó el chino mirando con dureza al marinero.

—Que estoy de acuerdo con mi socio. Cien libras y asunto zanjado.

—¿Por quién me tomas, Jack? —preguntó Sing-Hoi sacando el cigarrillo de la boquilla y arrojándolo despreciativamente al agua—. Deberías conocerme mejor y saber que no se me puede tratar como a un estúpido. He tenido cien ocasiones para atraparte y hacer que mis hombres te cortasen las manos por haber jugado con dados trucados y sin embargo no lo he hecho. ¿Es así cómo me lo agradeces? Yo no quiero tus cien cochinas libras. Quiero participar en tu negocio.

—No vale la pena, Sing-Hoi —respondió tranquilamente Jack—. Vamos a dedicarnos a transportar carga y eso no da excesivos beneficios.

—Os he estado observando desde la lancha —dijo el chino— y he visto cómo buceabais. Le estás enseñando a bucear al profesor. ¿Por qué? Para transportar carga no es necesario.

—¿Es eso lo que te preocupa, Sing-Hoi? —se rio Jack—. Lo que pasa es que mi amigo quiere aprender a bucear y yo le estoy enseñando.

Sing-Hoi señaló en dirección al equipo de inmersión.

—¿Y para enseñarle utilizas un equipo tan completo? ¡Vamos, Jack! Os lleváis algo entre manos ¿no es cierto?

—Me estás empezando a cansar con tantas preguntas, Sing-Hoi —gruñó Jack—. Lo único que vas a sacar de esta visita es cien libras. Nada más.

El chino irguió su delgado cuerpo.

—Está bien, marinero —gruñó—. Deja las cien libras en el bar de Scotty. Ya sabes dónde está. Yo paso por allí todos los días.

Les hizo un gesto a sus hombres. Uno de ellos puso en marcha la

embarcación y se alejaron rápidamente en dirección a la playa.

—¡Bueno! —exclamó satisfecho Red—. ¡Por fin nos hemos deshecho de él!

—Ni lo sueñes, profesor —murmuró Jack—. Ese chino es más listo de lo que crees.

—¿Piensas acaso que volverá a la carga?

—Se huele algo y no parará hasta averiguar de qué se trata y si lo hiciera, ya podríamos despedimos de ese tesoro. ¿Comprendes ahora por qué cometiste un tremendo error contándoselo todo a Agatha? Hay cosas que cuanta menos gente las sepa, mejor.

—Tienes razón, Jack. Me he comportado como un estúpido. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Partir hacia la isla de Coattú esta misma noche.

—¿Esta noche?

—Sí, Red. Tenemos que ser más rápidos y obrar con más astucia que Sing-Hoi.

* * *

Red estaba haciendo su pequeño equipaje cuando llamaron a la puerta. El profesor sufrió un sobresalto. Desde la visita de Sing-Hoi de aquella mañana veía fantasmas por todos lados. Tenía la impresión de que todo el mundo le estaba espiando.

—¿Quién es? —preguntó acercándose a la puerta.

—Agatha.

Abrió y se encontró con una sorpresa. La muchacha llevaba una pequeña maleta.

—Jack me ha pedido que viniese, Red —dijo la chica mientras entraba en el apartamento.

El profesor cerró la puerta y se volvió a la muchacha. Agatha había dejado la maleta sobre el sofá. La contempló durante unos instantes. Llevaba un fino jersey y unos jeans. Como siempre, estaba preciosa. Red experimentó una íntima alegría al pensar que durante las próximas semanas iba a disfrutar de su compañía.

—¿Te ha contado lo sucedido? —le preguntó Red.

—Sí. Debe haber sido terrible ¿no es cierto?

—No ha sido agradable. Ese tipo es peligroso. ¿Por qué te ha pedido Jack que vengas tan pronto?

—No quiere que esté en casa cuando Paula regrese de su trabajo. De ese modo no tendré que dar ninguna explicación acerca de mi marcha.

—Es una buena idea.

—Jack es un hombre muy listo…

—Sí… —admitió Red—, posiblemente mucho más listo que yo. ¿Quieres beber algo?

—Un whisky, por favor.

Él se lo sirvió y luego siguió haciendo su equipaje. Aquella observación de Agatha acerca de Jack le había puesto de mal humor. No cabía ninguna duda de que estaba celoso… y el viaje todavía no había comenzado.

—Estás muy serio, Red —dijo ella al cabo de un rato.

—No es nada… —respondió el profesor cerrando la maleta—. Estoy preocupado, simplemente.

—¿Por Sing-Hoi o por Jack?

—No te comprendo.

Ella soltó una risita.

—Estás celoso… —dijo—. Eso es lo que te ocurre, Red. Estás celoso.

El profesor no pudo por menos que admirar la aguda intuición de la muchacha.

—Cada vez que hablo admirativamente de Jack te pones de mal humor —prosiguió diciendo ella.

Red respondió. Encendió un cigarrillo y luego se sirvió un vaso de whisky. Agatha se aproximó a él.

—Red…

Él se volvió.

—No quiero que hayan problemas por mi culpa —dijo la muchacha —. Si lo prefieres, me quedo.

Red la abrazó.

—No, Agatha. Quiero que vengas… —buscó su boca pero ella se apartó. Red la miró decepcionado.

Agatha se dirigió hacia la ventana. Había empezado a llover y las gotas de agua empañaban los cristales.

—Quiero que sepas algo, Red —dijo ella al cabo de un rato— No soy de esa clase de mujeres que se entregan fácilmente. Deseo que lo tengas muy en cuenta durante todo este tiempo que vamos a estar juntos. Y si mi presencia en el barco ha de significar una tortura para ti, prefiero quedarme.

—Yo te amo, Agatha.

—No es cierto, Red. Me deseas.

—¿Es que no confías en mí?

—Confié en un hombre en cierta ocasión…, pero no quiero hablar de aquello. Fue demasiado terrible.

Se volvió para mirar a Red. Había una dulce sonrisa en sus labios.

—Sé que te gusto, Red. Y que me deseas. Pero si de verdad quieres que sigamos siendo amigos, no vuelvas a intentar nada. Deja que sea el tiempo el que diga la última palabra.

—Quizás prefieras a un tipo como a Jack…

—No digas tonterías. Jack es un buen amigo, como lo eres tú. Nada más.

—Está bien, Agatha —dijo Red—. Haré caso de tus palabras. No volveré a intentar nada. Pero quiero que sepas que te amo. Eso no puedes evitarlo.

A eso de las ocho sonó el teléfono.

Era Jack.

—Estoy en el puerto —le dijo Red—. Podéis venir cuando queráis.

El profesor colgó y se volvió a la muchacha.

—Nos vamos —le dijo—. ¡La gran aventura acaba de comenzar!

CAPÍTULO V

LA lluvia no había cesado cuando Red y la muchacha llegaron al muelle en un taxi.

Subieron a bordo del barco todo lo aprisa que pudieron y encontraron a Jack ocupándose del velamen. Les saludó con un gesto amigable.

—¡Bien venidos al Explosión!

—Es un barco precioso —comentó Agatha mirando a su alrededor.

—Será mejor que bajemos al comedor —argumentó Red—. Si seguimos aquí arriba vamos a quedar empapados.

Observó de reojo cómo su compañero cogía la pequeña maleta de la muchacha y ella se lo agradecía con una sonrisa.

Agatha quedó admirada de las dependencias interiores del barco. Eran más grandes de lo que había supuesto. Había un comedor con una mesa adosada a la pared y junto al mismo estaba la pequeña cocina. Más allá, en un corto corredor, había cuatro puertas. Tres correspondían a los camarotes; la cuarta al servicio. Todo estaba en orden y la pulcritud era total. Jack había hecho un buen trabajo.

Instalaron a la muchacha en el camarote más aleja do. No era demasiado grande. Había una litera y un par de estanterías. Red ocupó el que estaba al lado de ella. Quería sentir su proximidad.

Jack abrió después una alacena que había en el comedor y sacó una botella y tres vasos.

—Vamos a brindar por el éxito de esta aventura, amigos —dijo llenando los vasos.

—¿No sería mejor que nos largásemos cuanto antes, Jack? —preguntó Red.

—En seguida, socio —respondió Jack apurando su vaso. Luego lo dejó sobre la mesa y se dirigió hacia la escalerilla que conducía a cubierta.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Red.

—No es necesario, profesor. Yo me encargo de todo. Puedo manejar esta bañera con una sola mano.

—Es un hombre competente —comentó Agatha mientras encendía un cigarrillo.

Red no hizo ningún comentario a aquella alusión que, por otro lado, admitía como cierta. Se sentó en uno de los bancos y observó a la muchacha. Le gustaba hacerlo. Se estaba sirviendo otro whisky. El agua de la lluvia había empapado su fino jersey, tan prieto al cuerpo, que resaltaba el contorno de sus firmes pechos al extremo de parecer que estaban al descubierto.

—Será mejor que te cambies de ropa —dijo Red—. Vas a coger un resfriado.

—Sí, tienes razón —respondió ella—. Gracias por preocuparte por mí, Red.

La vio alejarse hacia su camarote moviendo rítmicamente sus caderas. Red nunca había deseado tanto a una mujer.

De pronto el barco empezó a moverse. El profesor subió a cubierta. Jack iba al timón, erguido y orgulloso. Tenía razón. Manejaba el barco como si se tratase de un juguete. Hizo una maniobra de salida perfecta y enfiló proa hacia el sur.

Red le miró con cierta envidia. Cada vez admiraba más a aquel fornido e inteligente marinero que nada en común tenía con él y que tantas cosas tenía que enseñarle. Jack era la fuerza, la inteligencia y la astucia unidas.

—¿Crees que le hemos dado esquinazo a el Chino? —preguntó Red.

—Espero que sí, profesor —respondió Jack—. De todos modos no conviene confiarse demasiado. Ese tipo es como una tormenta de verano. Puede aparecer en cualquier momento.

Y tenía razón.

* * *

Jack puso sobre la mesa buena parte de las provisiones. Agatha dio un rápido vistazo a las mismas y eligió un par de latas, una tarrina de mantequilla y otra de foie-gras.

—Con esto os voy a hacer una cena de príncipes. ¿Tienes coñac?

Jack le entregó una botella que había cogido de un pequeño

armario. La muchacha se dirigió a la cocina. El marinero encendió su inseparable pipa. Mientras la encendía miró a la muchacha. Agatha estaba de espaldas a él, preparando la cena.

«Es hermosa —se dijo—. Muy hermosa», y sonrió al imaginar la cara que hubiera puesto Red de haber podido adivinar el resto de sus pensamientos.

Jack subió a cubierta. Red llevaba el timón. La noche era completamente cerrada. Se acercó hasta él.

—¿Qué tal va eso, profesor?

—Bien. Esto es más fácil de lo que imaginaba.

—Porque ahora es como navegar en una piscina, socio. Hasta un niño podría llevar ese timón.

—Gracias por el cumplido.

Jack soltó una carcajada.

—¿Cuándo crees que llegaremos a Coattú? —preguntó Red.

—Mañana al atardecer. Red, quiero que sepas una cosa.

—¿De qué se trata?

—De Agatha.

El profesor se volvió como si hubiera oído el zumbido de una abeja a sus espaldas.

—¿Qué ocurre con ella?

—Me gusta. Me gusta mucho, profesor. Y voy a quitártela.

—No me pertenece —respondió Red de mala gana.

—Yo te he advertido… —dijo Jack mirando en dirección a las velas —. Soy así de impetuoso. Cuando una cosa me gusta la tomo y en paz.

Fue una cena sorprendente.

Agatha demostró ser una cocinera excelente. Jack comió con gran apetito. Todo lo contrario de Red que apenas probó bocado. Pero ni su amigo ni a la muchacha pareció importarles demasiado. Hablaron de sus cosas como si él no existiera y aquello le puso de un mal humor terrible. De repente se levantó alegando que se iba a cubierta.

—He puesto el piloto automático —le dijo Jack—, así que no hace falta que te preocupes por nada.

—Quiero tomar el aire.

Salió a cubierta y encendió un cigarrillo. Su cabeza empezaba a tejer varios planes. De pronto descubrió que era capaz de matar a su mejor amigo si llegaba el caso.

Permaneció en cubierta por espacio de media hora y de repente se

dio cuenta de que en todo el barco reinaba un silencio absoluto. Ya no se escuchaban ni las voces ni las risas de sus compañeros y aquello le puso en guardia. Bajó las escalerillas que conducían al comedor casi de puntillas y con los latidos de su corazón latiendo en las sienes como cañonazos.

Encontró a Jack mirando el mapa de navegación.

—¿Y Agatha? —preguntó Red.

—Se ha ido a la cama —respondió Jack sin levantar la vista del mapa.

Red dejó escapar un sordo bufido. Jack le miró y se echó a reír.

—Eres como un niño, socio —comentó.

—No sé por qué dices eso, Jack.

—Porque esperabas encontrar algo muy distinto a lo que has encontrado ¿no es cierto? Creíste que me había ido con la chica a su camarote.

Jack volvió la vista al mapa.

—Todo llegará —comentó.

* * *

A Red le fue muy difícil conciliar el sueño. La idea de la proximidad de Agatha, sus oscuros pensamientos le turbaban la mente. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa por estar con ella, tenerla entre sus brazos y amarla hasta la saciedad.

Pero no era solo aquello lo que le hacía permanecer con los ojos abiertos y la mente despejada. Como un centinela en su garita, estaba pendiente de cualquier movimiento, de cualquier ruido sospechoso. Sabía que Jack no había hablado en vano. Que al decir que la chica le gustaba y que intentaría conquistarla, había hablado completamente en serio.

De pronto, oyó una especie de gemido y Red pegó un brinco. Aguzó el oído. Aquel gemido, que se había vuelto a repetir, provenía del camarote de Agatha. Salió al corredor. El gemido volvió a repetirse. Ya no cabía ninguna duda. Era Agatha. ¡Dios! ¿Qué significaba aquello? ¿Estaría Jack con ella? Aquella idea encendió su sangre y sintió una rabia que jamás había sentido, una rabia que le obligó a abrir la puerta del camarote de la chica. Estaba envuelto en una tenue semipenumbra.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando comprobó que estaba sola, aunque de vez en cuando se agitaba como si estuviera sufriendo una pesadilla. Ahora la oyó gemir claramente. Se acercó hasta ella.

Las ropas de la litera estaban revueltas. Agatha dormía boca abajo,

su espalda desnuda. Su enmarañada cabellera le cubría la casi totalidad del rostro y unas finas gotas de sudor bañaban su frente. No cabía ninguna duda de que estaba sufriendo una pesadilla. De repente y como si unas manos invisibles la hubieran ayudado, se volvió bruscamente y Red pudo contemplar entonces, sin ninguna clase de recato, sus hermosos y rígidos pechos desnudos y su vientre terso. La parte superior de unas braguitas negras de encaje asomaban tentadoramente.

Red sintió un nudo en la boca del estómago y por un momento tuvo los más turbios pensamientos que había tenido en su vida.

Agatha volvió a gemir al tiempo que su bello rostro se contraía con una mueca de sufrimiento. Red se aproximó a ella y la zarandeó suavemente. La muchacha abrió los ojos y por un momento, confusa, no supo si su compañero formaba parte de la pesadilla o se encontraba despierta. Una duda que duró apenas unos segundos, puesto que sorprendida por la inesperada presencia de Red, se cubrió rápidamente el cuerpo con las sábanas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenías una pesadilla, Agatha —le dijo él en un susurro—. Tus gemidos se oían desde mi camarote.

Ella pareció calmarse. Red no la estaba engañando. Ahora recordaba perfectamente que había sufrido una pesadilla.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él.

La muchacha asintió con la cabeza sin apartar sus ojos del profesor. No le era difícil imaginar que Red la había visto desnuda.

—Será mejor que te marches —le dijo—. Ya ha pasado todo. Suelo tener estas pesadillas de vez en cuando. No es nada.

—¿Seguro? —Red se resistía a abandonar el camarote. Quería permanecer al lado de la muchacha, sentir su excitante presencia.

—Seguro, Red. Vuelve a tu camarote.

—Agatha… —él hizo un tímido gesto de aproximación pero ante la actitud de firmeza de la chica, optó por darle la espalda y dirigirse hacia la puerta.

—Red…

Él se volvió.

—Gracias… —murmuró Agatha.

El profesor regresó a su camarote y se dejó caer pesadamente en la litera. Estaba seguro que lo que acababa de ver, perduraría en su mente durante toda la noche y que ahora sería él quien tendría pesadillas.

* * *

Amaneció un día espléndido. Pero sin apenas viento.

Se encaramó en el racel de proa, silbando para atraer el viento al estilo de los viejos capitanes.

El motor palpitaba acompasadamente haciéndoles surcar las tranquilas aguas a nueve nudos. Pero Jack deseaba viento. Quería hinchar las velas y demostrar de lo que era capaz a Red y a Agatha que, desde la cubierta le contemplaban sin saber qué hacer. Jack era el dueño del barco, de la situación. No podían hacer nada sin él. Era el auténtico capitán.

—¡No hay viento, profesor! —exclamó Jack—, Ello retrasará nuestra llegada a Coattú. ¡Nuestro tesoro tendrá que seguir esperando!

El marinero descendió del racel y puso los brazos en jarra.

—¿Sabes qué vamos a hacer, profesor?

—Tú dirás.

—Vas a seguir practicando la inmersión, pero esta vez sin mí. De todos modos, no te preocupes. Yo estaré vigilándote como si fueses mi hijo. ¿De acuerdo?

Red iba a responder que no le apetecía sumergirse solo, pero no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza.

Diez minutos después, convenientemente equipado, se arrojó al agua.

A medida que fue descendiendo la luz solar era absorbida por el agua y muy pronto la silueta protectora del barco desapareció de sus ojos y los colores se volvieron progresivamente azules.

Ahora se sentía más seguro que la primera vez.

Siguiendo los consejos de Jack, descendió hasta los veinticinco metros.

Vio dos repelentes Argyoplecus hemigymnya componentes muy característicos de la fauna abismal, con sus grandes ojos y su forma aplanada, dando vueltas a su alrededor como si estuvieran esperando el momento de atacarle. Pero Red no ignoraba que, afortunadamente para él, eran inofensivos. Intentó imaginar que allá, en el fondo, se encontraba el galeote.

Una gigantesca mole de madera carcomida por el paso de los años y el efecto del agua pero que en sus entrañas guardaba un tesoro esperando a que Red Cameron fuese a rescatarlo. ¿Sería posible tanta felicidad?

De repente lo vio.

Por un momento tuvo la impresión de que se trataba de un

gigantesco banco de peces avanzando hacia él, pero muy pronto se convenció de su error.

Era un tiburón.

Red sintió un escalofrío.

Lo poco que había leído acerca de las costumbres de los escualos era que a no ser que se tratara de un tiburón blanco apenas había peligro de ser atacado. Y afortunadamente para él, aquél no era un tiburón blanco. Pero lógicamente ignoraba sus intenciones. No podía fiarse y por otro lado no estaba acostumbrado a aquel tipo de situaciones.

¿Qué podía hacer? ¿Permanecer quieto en espera de que el escualo se alejase definitivamente o regresara a la superficie?

El escualo pasó muy cerca de él, como si todavía no hubiese detectado su presencia pero Red no quería engañarse. Sabía perfectamente que el animal le había visto.

Tomó una decisión.

Lentamente, empezó a subir. Braceaba con precaución sin perder de vista al bicho el cual se movía allá al fondo, danzando en círculo. Red rezaba para que no cambiase de opinión y se lanzase al ataque. Si lo hacía estaba perdido. No llevaba nada con que defenderse y aunque lo hubiera tenido tampoco habría sabido cómo emplearlo.

Por fin distinguió la silueta del barco.

Miró hacia abajo y comprobó con satisfacción que no había ni rastro del tiburón.

Cuando por fin alcanzó la superficie, miró en dirección a la cubierta del barco. Estaba vacía.

—¡Jack! —gritó.

Antes de lanzarse al agua, había quedado de acuerdo con su amigo que estaría vigilando en cubierta por si ocurría algo. Pero no había ni rastro de Jack. Aquello le enfureció, lo más seguro era que estuviera intentado conquistar a Agatha o a lo mejor ya se encontraban en algún camarote haciendo el amor. Los celos le empujaron a nadar furiosamente hacia el barco y de repente, le pareció escuchar un ruido a sus espaldas. Al volverse vio con terror que el tiburón se dirigía directamente hacia él.

—¡Jack! ¡Jack!

Sonó un disparo, dos.

Uno de aquellos disparos alcanzó al escualo. El animal se levantó sobre su parte delantera y luego se hundió dejando tras de sí una enorme mancha roja y provocando un gran remolino de agua.

Red, con la boca reseca por el miedo, alzó los ojos y vio a su amigo en cubierta con el rifle en las manos. Agatha estaba junto a él.

Le ayudaron a subir. Red se despojó de la mascarilla y se sentó en el borde de la bañera. Estaba temblando.

—¿Dónde diablos estabas? —le preguntó de pronto a su amigo.

—En cubierta.

—¡Mientes! —Red clavó sus enfurecidos ojos en su amigo—. No había nadie. Seguro que estabas abajo con Agatha ¿no es cierto?

—Red, puedo ser un mal nacido pero jamás digo una mentira. Estaba en la cubierta, al costado de popa, vigilando. De otro modo no hubiera podido verte a tiempo.

—Jack está diciendo la verdad, Red —intervino la muchacha—. Yo estaba en la cocina, preparando la comida, cuando he oído tus gritos… Es la verdad, Red.

El profesor observó a ambos. Parecían estar diciendo la verdad, pero no se fiaba. De todos modos no tenía pruebas para acusarles de nada.

Se encogió de hombros.

—Es igual… —dijo—. Gracias por haberme salvado, Jack. He visto a ese bicho hace un rato, cuando me encontraba abajo… De pronto ha desaparecido y cuando me dirigía hacia el barco… ¡Ha sido terrible! Tenía entendido que los tiburones no atacan al hombre, excepto el tiburón blanco.

—No era un tiburón, profesor —dijo Jack sonriendo.

—¿Qué?

—Era una tintorera, que es mucho peor. Has estado de suerte.

Red sufrió un nuevo escalofrío. ¡Nunca en toda su vida había estado más cerca de la muerte!

CAPÍTULO VI

ERAN las cinco de la tarde cuando avistaron la isla.

Red estaba en el costado de estribor. Jack, en el racel de proa, recostado contra los estayes.

La vieron irse transformando de un simple borrón gris en una gran mancha verde y, por fin, en una isla puntiaguda con un arco de playa blanca. En seguida se pudieron distinguir los contornos de sus rocas y los troncos de sus grandes árboles, el grupo de pándanos que señalaban el lugar donde se encontraba el manantial en el que Red había encontrado la moneda.

—Hay un canal a la derecha, Jack —dijo Red—, ¿Lo ves?

—Lo veo.

—¿Podrás meterte en él?

—Podré.

—¿Con el motor en marcha? Es estrecho y la corriente en él es muy fuerte.

—Déjalo en mis manos, profesor. Tú empieza a prepararlo todo para desembarcar.

Jack hizo una maniobra genial y metió el barco de proa a popa, palmo a palmo. Un minuto después lo había pasado y se deslizaron por las aguas cristalinas, con la playa frente a ellos.

Cuando Agatha y Red aparecieron en cubierta con las provisiones para meterlas en el bote, quedaron estupefactos. Jack les hizo un alegre gesto para indicarles la isla.

—¡Coattú está servida, señores! —exclamó.

—¡Eres magnífico, Jack! —dijo la muchacha—. ¿Cómo diablos has podido meter algo tan grande por un lugar tan pequeño?

—Yo soy capaz de eso y de muchas cosas más, nena —respondió el marinero guiñándole un ojo.

Red dejó escapar un sordo gruñido y metió las provisiones en el bote. Agatha empleaba un tono demasiado familiar y amigable con Jack. Demasiado para su gusto.

Echaron el ancla, plegaron las velas, y poco después se dirigían en el bote cargado con las provisiones y las tiendas de campaña, en dirección a la solitaria playa.

Tan pronto pisaron tierra firme, Jack dio un vistazo a su alrededor.

Con los brazos en jarra, exclamó:

—¡Un bonito y tranquilo lugar, sí señor…! ¡Pero yo no podría soportarlo por más de una semana! Esto es como un cementerio, profesor…

Levantaron las dos tiendas en un ángulo formado por las rocas a unos cuantos pasos del manantial. El lugar estaba resguardado del viento y lo protegía del calor el ramaje de una vieja piscina. También hicieron una zanja alrededor para desviar el agua en caso de lluvia.

La noche era maravillosa…

Ni muy calurosa ni muy fresca.

Cenaron alrededor de una pequeña hoguera con el ruido de las olas al estrellarse en la playa como música de fondo.

—¡Eres la mejor cocinera del mundo, Agatha! —le dijo Jack—. Parece mentira que seas capaz de hacer unos platos tan deliciosos con cuatro latas de conservas.

—Mañana iré a ver si pesco algo —dijo la muchacha—. Si lo consigo os prepararé un plato especial.

—Ve con cuidado con los peces piedra —le advirtió Jack.

—¿Peces piedra?

—Sí, un bicho con el aspecto más desagradable que hayas visto nunca. Su cuerpo pardusco es una masa uniforme de excrecencias en forma de verrugas. Su boca es un semicírculo que se abre hacia arriba mostrando un interior verdoso. A lo largo de la columna vertebral tiene trece afiladas púas, cada una de las cuales se halla dotada de una bolsa de veneno. Un pinchazo puede matar a una persona o atormentarla durante semanas con dolores espantosos.

—Creo que se me ha quitado las ganas de ir a pescar —respondió sonriente Agatha.

Una hora después se habían acostado. Necesitaban descansar porque les esperaban unos días de duro trabajo. No hay nada que agote más

que una incursión a cuarenta metros de profundidad con los nervios en tensión.

Pero Red, al igual que en los días anteriores, no podía conciliar el sueño. Agatha se había convertido en una obsesión, sobre todo por las noches cuando la mente dispone de más tiempo para tejer sueños eróticos.

De repente le pareció escuchar un ruido afuera. Asomó la cabeza y vio a la muchacha dirigiéndose hacia la playa. Se había puesto una especie de albornoz blanco.

Se detuvo en la orilla y se despojó de la prenda. Red, con el cuerpo enfebrecido, la pudo contemplar desnuda antes de que se arrojara al agua. Aquello era demasiado, mucho más de lo que podía soportar.

Abandonó la tienda con sumo cuidado para no despertar a Jack y se encaminó hacia la playa. Al llegar oyó un chapoteo. Distinguió la figura de la muchacha entre las oscuras aguas bañadas por una tenue luz lunar.

—Agatha… —llamó Red.

—¿Red?

—Sí…

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No podía dormir y te he oído.

—Vuelve a la tienda, por favor.

—No, esta vez no.

—Red…

—Me quedaré aquí hasta que salgas.

—Red, te estás comportando de un modo ridículo.

—Te deseo, Agatha —la voz de Red sonó como un murmullo agonizante.

—Ya henos hablado sobre eso ¡Vete!

—No.

—Está bien. Voy a salir pero si intentas tocarme, gritaré. Gritaré con todas mis fuerzas.

—¿Y qué esperas? ¿Que Jack venga en tu ayuda?

La vio salir del agua como una hermosa sirena nocturna. El cuerpo de Red estaba en tensión como el de una fiera salvaje dispuesta a arrojarse sobre su víctima. Se daba cuenta de que se comportaba como un estúpido maníaco, pero no le importaba. Sólo deseaba poseer a Agatha por las buenas o por las malas. Ya no podía soportar por más

tiempo aquel irrefrenable deseo que le atormentaba.

La muchacha hizo intención de ir a coger el albornoz pero Red la agarró violentamente por un brazo y la atrajo hacia él. Agatha fue a gritar pero el profesor le tapó la boca con una mano. El contacto del cuerpo de la muchacha contra el suyo le nubló la mente y le encendió la sangre. Acarició sus pechos con la otra mano y la besó ferozmente en el cuello.

Jamás había experimentado antes una sensación como aquélla porque si bien era cierto que había estado con algunas mujeres, también lo era que ninguna de ellas le había excitado como Agatha.

—¡Déjala, Red! —se oyó de pronto.

El profesor se volvió. Jack estaba muy cerca de él con sus poderosos brazos extendidos a lo largo del cuerpo y los puños crispados.

—¡No te metas en esto! —gritó Red.

—Red, no quisiera tener que golpearte…

El profesor soltó a la muchacha y se lanzó sobre su amigo. En aquel momento su mente estaba en blanco, ofuscada de tal modo que no necesitaba buscar una justificación para su comportamiento animal.

Los dos hombres cayeron sobre la fina arena. Pero Red llevaba las de perder. Era un muñeco en manos del forzudo marinero. Jack se deshizo de él con suma facilidad y le propinó un tremendo puñetazo en la barbilla. Red cayó de espaldas como si le hubiese fulminado un rayo.

Jack se acercó a la muchacha y la ayudó a ponerse el albornoz y luego quedaron el uno frente al otro, en silencio, mirándose a los ojos.

Después, sin mediar palabra alguna, se abrazaron…

* * *

Al día siguiente, muy temprano, Red estaba en lo alto de una pequeña roca contemplando el mar que se abría ante él, azulado y quieto. Allá, en algún lugar no muy lejano a donde se encontraba ahora, estaba lo único realmente importante; el Santa Lucía y en sus entrañas, un tesoro. Un tesoro que le pertenecía por completo porque él y nadie más que él lo había descubierto. Aquel tesoro era lo único que debía importarle. Nada más. ¡Al diablo con Agatha y con Jack!

Su mente había empezado a tejer un plan, un maquiavélico plan… Se quedaría con todo. ¡Absolutamente con todo! Aquélla sería su más sutil venganza…

—Red…

Se volvió.

Era Jack.

—Lamento lo de anoche —dijo su amigo—. No quería zurrarte pero te lo merecías.

Red empezó a poner en práctica el plan que tenía en la mente.

Sonrió.

—No tiene importancia, Jack —respondió.

—¿De verdad que no estás enfadado conmigo?

—Claro que no, hombre. Anoche me comporté como un energúmeno. No volverá a suceder, te lo prometo.

—¿Le has pedido disculpas a Agatha? Está muy enfadada contigo.

—Aún no la he visto esta mañana. Luego hablaré con ella.

Jack señaló en dirección al mar.

—Y ahora hablemos de negocios ¿te parece?

—De acuerdo.

—Respecto al galeón hundido, he pensado bastante en él. Creo que sé en qué zona debió hundirse.

—¿De verdad? ¡Eso es fantástico! ¿Cuál es tu teoría?

—Creo que fue cerca de los arrecifes donde nos encontramos, Red. Suponiendo que el Santa Lucía fuese capaz de transportar doscientas o trescientas toneladas, el mar tendría que haber estado en pésimas condiciones para levantar un barco de esas características y arrojarlo al otro lado de la cadena de arrecifes. Creo que es materialmente imposible. Por lo tanto, tiene que estar en este lado. ¿No te parece?

—Es una buena teoría, Jack.

—Por lo tanto, haremos las primeras inmersiones en esta zona —Jack trazó un amplio círculo en el aire para abarcar la zona de arrecifes en la que se encontraban— y si no damos con él, buscaremos en la otra. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Tú mandas, capitán.

—Hummm… —sonrió Jack—. Estás muy amable esta mañana.

—¿Y por qué no iba a estarlo, marinero? ¡Pronto seremos ricos!

A la hora del desayuno, Red pidió disculpas a la muchacha y ella le perdonó con una magnánima sonrisa.

De repente, Jack murmuró.

—Tenemos visita…

* * *

Eran cinco nativos de torso desnudo y bronceado, la nariz chata y grandes orejas. Llevaban un diminuto taparrabos. Los largos cabellos caían sobre sus delgadas espaldas. En la mano llevaban una lanza.

—No temáis —dijo Red—. Son los hombres del jefe Danka.

—Espero que se acuerden de ti —dijo Jack—, pero por si las moscas voy en busca del rifle.

—¡No! —le ordenó Red—. Son pacíficos.

De repente apareció un hombre gordo, panzudo. Llevaba un pequeño sombrero de plumas en la cabeza y un extraño amuleto colgando de su poderoso cuello.

—Ese es Danka —dijo Red.

El profesor se acercó al grupo.

—¿Te acuerdas de mí, jefe Danka? —le preguntó sonriendo.

—Me acuerdo.

—Estos son mis amigos, Jack y Agatha.

Danka miró en dirección a las tiendas.

—Te has instalado bien. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—Todavía no lo sé. Un par de semanas, quizás. Tres a lo sumo. O quizás menos…

—Hasta que encuentres tu barco.

—Eso es, jefe Danka. Hasta que encuentre mi barco.

—Espero verte esta noche a ti y a tus amigos en mi poblado. Daremos una fiesta.

—Allí estaremos, Danka.

Los nativos se retiraron en silencio, adentrándose en la selva.

Red se volvió a sus amigos.

—Esta noche podrás beber cuanto quieras, Jack —le dijo.

—Es una buena noticia.

—Ahora vayamos en busca de nuestro tesoro…

* * *

Jack engrasó el motor fuera borda de la lancha y después, él y Red se dirigieron a mar abierto. Agatha se quedó en la playa para preparar la comida.

Atravesaron el canal fácilmente a lo largo del rompiente y luego de la zona que iban a explorar. Después, detuvieron el motor.

Jack sumergió el cable del ancla con la bolsa de lastre.

Red se colocó la mascarilla después de asegurarse que los dos cilindros de oxígeno estuvieron fuertemente sujetos a la espalda.

—¿Preparado? —le preguntó a Red.

Red asintió con la cabeza mientras aprisionaba entre los dientes el extremo del conducto del aire. Luego se sumergió en el agua. Jack, hizo

la misma operación que su amigo y a los pocos segundos estaban los dos bajo el casco romo de la lancha. Dieron media vuelta de campana y descendieron perpendicularmente.

Un banco de peces pasó ante ellos fugazmente, como una ráfaga de viento y se ocultaron entre los oscuros salientes.

Fue un descenso lento, bastante angustioso para Red quien por primera vez descendía hasta los cuarenta metros. Jack, sin embargo, estaba tan acostumbrado a aquel tipo de inmersiones que para él era un simple paseo.

Por fin pisaron la arena, pequeñas conchas y residuos coralinos. Avanzaron entre ondulantes algas de los más diversos colores. Algunas de ellas acariciaban su piel como si fueran de delicada seda y otras raspaban como papel de lija…

Durante más de media hora estuvieron explorando aquella zona de oscuros salientes; atravesaron una gruta donde tuvieron que abrirse paso entre miles y miles de pequeños pececillos, algas y escollos coralinos.

De pronto, Jack le hizo una indicación a su amigo. Red miró en aquella dirección y vio a tres repugnantes peces piedra. El profesor sintió un escalofrío. Estaban casi en el fondo, semiocultos entre una masa coralina, esperando el momento de atacar. Red sabía que con solo tocarlos con sus manos, un leve arañazo, y estaría perdido. Le esperaría la más espantosa de las muertes. Huyó de ellos como alma que lleva el diablo.

Red observó que su amigo se había detenido ante un enorme ojo abierto en un puntiagudo saliente.

Se acercó hasta él.

La lámpara de Jack iluminaba una profunda gruta de la que no se distinguía el final pero sí los enormes ojos de algún extraño animal, alguna extraña criatura sorprendida por la inesperada y desagradable presencia de unos desconocidos en su territorio. Súbitamente dio media vuelta y desapareció a lo largo de la gruta. Era una especie de serpiente de color verde, rugosa y con escamas.

Jack se volvió a su amigo y le hizo una indicación con el pulgar.

Le estaba diciendo que regresaban al bote.

Subieron guiándose por el cable que habían echado previamente y a los pocos instantes alcanzaban la superficie. Red sintió una agradable sensación cuando los rayos del sol acariciaron su húmedo rostro. Desde luego, las profundidades marinas no estaban hechas para él. Las odiaba.

—Esta tarde volveremos a intentarlo —dijo Jack una vez a bordo del bote.

—De acuerdo —respondió Red despojándose de la mascarilla.

—¿Estás cansado, profesor?

—Un poco.

—La comida de Agatha te repondrá.

—Jack…

—¿Qué?

—¿Qué hay entre vosotros dos? —Red se había prometido no hacer nunca aquella pregunta, pero no la pudo evitar. Muy a pesar suyo, no podía alejar de su mente a la muchacha. Su imagen desnuda se había convertido en una pesadilla.

—Nada, absolutamente nada. Ni siquiera le ha tocado…

Red asintió satisfecho con la cabeza. Quería creer que la respuesta de su amigo era cierta.

* * *

Por la tarde hicieron una nueva inmersión de media hora en una nueva zona de los arrecifes pero en esta ocasión tampoco hallaron rastro del galeón.

—No te desanimes, profesor —le dijo Jack cuando regresaron a la superficie—. Aún nos queda mucha zona que explorar.

—No estoy desanimado, Jack. Sabía que no iba a ser fácil.

Cuando se acercaban a la isla vieron una hoguera encendida y Agatha en cuclillas muy cerca de la misma. Luego les mostraría unos peces que había pescado aquella tarde en el manantial. Los estaba asando el fuego.

—¡Hummm! —exclamó Red—. ¡Qué bien huele!

—Tenemos que damos prisa —dijo Red—. El jefe Danka nos estará esperando.

—¡Esta noche pienso emborracharme! —exclamó Jack mientras se despojaba del equipo de inmersión. —Cuidado con el ta-ná —le advirtió Red.

—¿Qué diablos es eso?

—Es lo que beben los nativos de esta isla. Es una especie de brebaje parecido al vino que conocemos pero que contiene el zumo del ta-ná, una planta alucinógena…

* * *

En el poblado del jefe Danka fueron recibidos con todos los honores.

El panzudo jefe encabezaba la comitiva. A su lado llevaba al brujo, un individuo encorvado y poblado de amuletos. Tenía unos ojos como cabezas de alfiler pero brillantes como una estrella. Detrás de Danka, un poco a su derecha, iba una jovencita que no tendría más de quince años. Una especie de falda hecha con tiras de cáñamo cubría su sexo pero llevaba sus pequeños pero firmes senos al descubierto. Eran como dos manzanas. Su pelo largo y negro le caía por la espalda. Era Siomé, la hija de Danka.

Todos juntos, en una larga comitiva, se dirigieron al lugar donde el jefe tenía su morada. Estaba enclavada en un descampado rodeado de altos árboles y plantas ta-ná. Los invitados y el jefe Danka tomaron asiento en el suelo, frente a la gran choza e inmediatamente les sirvieron una copiosa cena a base de pescado, algas comestibles y fruta (una especie de higos remojados con un zumo muy dulce). El brebaje al que se había referido Red lo servían en unos pequeños cuencos de madera.

Siomé se había sentado muy cerca de donde se encontraba Red. La muchacha le miraba de vez en cuando y sonreía. El profesor le devolvía la sonrisa y ella se ponía contenta. Era una muchacha deliciosa.

El ta-ná empezó a hacer pronto sus efectos. Jack dio un salto y se puso a bailar con los nativos una extraña y frenética danza en la que también participó Siomé. Red no le quitaba los ojos de encima a la muchacha. Su cuerpo de quince años se movía al compás de los tambores con ritmo provocador. Sus pequeños pechos saltaban, se agitaban inquietos como si quisieran transmitirle a Red su deseo de ser acariciados.

Agatha también se puso a bailar. Red observó que lo hacía muy cerca de donde se encontraba Jack y que de vez en cuando se acariciaban. Luego la muchacha le dedicó al marinero una versión muy especial de la danza del vientre. Aquello puso frenético a Red. De buena gana la hubiera abofeteado. Ahora ya no le cabía ninguna duda de que había entre ellos algo más que una simple amistad.

Red notó que alguien le cogía una mano. Era Siomé. Le invitaba a bailar. Red bebió un largo trago de ta-ná antes de seguir a la muchacha hasta el frenético cerco que habían formado los nativos. Dio algunos torpes pasos y de pronto se dio cuenta de que Jack y Agatha habían desaparecido.

Miró a su alrededor por si se encontraban cerca pero no vio ni rastro de ellos. Abandonó como enloquecido el cerco y se adentró en la selva.

Siomé iba detrás de él como una perra en celo.

De repente les vio.

Jack estaba encima de ella y se besaban apasionadamente. Luego él le desabrochó la blusa y le acarició los pechos. Aquellos pechos que Red consideraba suyos…

Agatha gimió de placer.

Red se puso a temblar de rabia. Nunca en toda su vida había sentido deseos de matar a nadie. Ahora sí. Los gemidos de Agatha perforaban su nublado cerebro. Dejó escapar una ahogada maldición.

Siomé le acarició la espalda. Red se volvió con un sobresalto. Sus ojos despedían fuego, su sangre ardía de deseo.

Cogió a la muchacha entre sus brazos y el calor de un cuerpo femenino le devolvió cierto sosiego. La besó en los labios y luego la tumbó en el espeso follaje y mientras la acariciaba, Siomé murmuró algunas palabras que él no entendió…

La hizo suya casi con brutalidad pero no fue la joven Siomé a quien hizo el amor, sino a Agatha…

A lo lejos se oían los tambores y había un cierto olor a ta-ná impregnando la selva…

CAPÍTULO VII

RED no dijo nada de lo que había visto la noche anterior, pero una vez más en su mente nació el deseo de venganza.

Y esta vez cumpliría ese deseo porque ahora ya sabía que Jack y Agatha eran amantes y que se habían estado burlando a sus espaldas.

Jack tampoco hizo ningún comentario como es lógico. Se limitó a decir que había sido una noche muy divertida.

A las diez de la mañana, se dispusieron a explorar otra zona de los arrecifes.

La herbosa superficie del fondo ascendía y descendía en continuas ondulaciones, formando colinas de redondeadas cimas y pequeños barrancos.

Vieron varias grietas de coral pero no se distinguía ningún signo que pudiera acreditar el naufragio del viejo galeón en aquella zona. Siguieron avanzando por aquel túnel inacabable perseguidos por gigantescas bandas de peces.

Jack sabía que si el barco se había hundido sobre una masa de arrecifes sumergidos, el coral absorbería el barco creciendo sobre él como la jungla creció sobre los inmensos templos incas. Y era aquello lo que estaba buscando, una masa de arrecifes sumergidos con la esperanza de que el galeón se encontrase atrapado en él.

Las luces de las linternas alumbraban ahora un gran pasadizo arenoso en el que había infinidad de diminutos pececillos y corales de mil colores. Era un espectáculo fascinante. Todo parecía gigantesco allá abajo, inmenso. Era un mundo fantástico, increíble.

El agua y la distancia daban un extraño colorido a todo cuanto se encontraba a su alrededor y la combinación de algas y corales, en torno a sus sinuosas grietas y a sus oscuras cavidades, hacían que pareciese un

enorme bosque encantado…

De pronto, Jack levantó un brazo.

Red se detuvo. ¿Qué habría querido indicarle con aquel gesto? ¿Que había algún peligro? Permaneció atento mientras su amigo se alejaba. Cuando se encontraba a unos cinco metros de Red, se volvió moviendo el brazo. El profesor avanzó hacia él.

Vio a Jack sonriendo alegremente detrás de la mascarilla y como le indicaba más allá del haz de su linterna.

Entonces Red lo vio.

Estaba a unos veinte metros.

Su mole parecía estar surgiendo de los abismos marinos en un anhelo desesperado de luz. Se hallaba cubierto de algas y vegetación submarina de toda especie y rodeado por masas de arena y coral. Los bancos de peces, grandes y pequeños, entraban y salían de entre la frondosa jungla que coronaba el viejo galeón.

¡Habían encontrado el Santa Lucía!

* * *

Se acercaron hasta él como temiendo que se tratase de una visión. Pero no lo era en absoluto. Allí estaba el viejo barco inclinado casi perpendicularmente al fondo marino. Al pie de este plano se distinguía una prominencia cilíndrica, semejante a un corto puntal, del que pendían ondulantes, varias orlas de algas.

Era el mástil, o mejor dicho, lo que quedaba de él.

Jack sacó su cuchillo de la vaina y raspó enérgicamente un pequeño sector de la cubierta hasta llegar a la esponjosa madera del galeón. Pasaron por entre una turba de asustados pececillos que huían en desbandada.

Algo más arriba, hacia el centro de la cubierta, se abría un gran agujero rodeado por una frondosa masa de algas parduscas. Jack le hizo una indicación a su compañero. Red comprendió el mensaje. Iba a ser el marinero quien entrase en aquel agujero y él debía permanecer afuera. Sólo un hombre experimentado como Jack podía llevar a cabo una exploración de aquel boquete.

Los nervios consumían a Red mientras su compañero permanecía allí dentro. ¿Habría encontrado la bodega donde se ocultaba el tesoro? O quizás no habría ningún tesoro… Los piratas no eran tontos. Podían haberlo encontrado ellos. Si era así, todos sus sueños se vendrían abajo y ya se estaba viendo otra vez en el aula de cualquier universidad impartiendo clases de Historia…

Jack apareció quince minutos después. Red le miró, impaciente. El marinero se echó a reír como un niño que ha encontrado su juguete preferido a los pies de un árbol de Navidad…

Luego, sin dejar nunca de reír, asintió varias veces con la cabeza.

Red también se echó a reír como un estúpido.

* * *

Más tarde, en el bote, Jack, sin apenas poder dominar su emoción, explicó.

—No está en la bodega, Red. Está en lo que debió ser el camarote del capitán, a popa.

—¿Lo has visto? —preguntó Red casi con un grito de alegría.

—Lo he visto, profesor. Es un cofre…, metálico…, no sé cómo puede ser de grande porque está muy hundido en la arena…

Red, olvidando su honda rencilla, se abrazó a su amigo y los dos se pusieron a bailar y a dar saltos en el bote.

—¡Tenemos que decírselo a Agatha! —exclamó Jack disponiéndose a poner el motor en marcha.

—¿Cuándo iremos a buscarlo, Jack?

—Esta tarde. No va a ser fácil sacarlo de allí. El cofre se encuentra prácticamente hundido en la arena. Es peligroso porque puedes quedar atrapado en ella como si se tratase de arenas movedizas. Tendremos que ir con mucho cuidado. Red. Ahora que soy rico no quisiera hacerle compañía al galeón.

Jack, silbando una vieja canción marinera, puso el bote rumbo a la isla.

Súbitamente y a medida que ésta iba asomando ante sus ojos, dejó de silbar. Red, sorprendido, también miró en aquella dirección y dejó escapar una sonora maldición.

En la isla todo parecía tranquilo.

Sin embargo no era así.

No estaba igual que cuando la habían dejado un par de horas antes.

Ahora había un helicóptero.

Y junto al mismo un hombre vestido totalmente de blanco.

* * *

Uno de los dos hombres que acompañaban a Sing-Hoi, tenía sujeta a Agatha. El otro permanecía detrás de su amo con una mano en uno de los bolsillos de su americana a cuadros.

El chino sonrió y sus ojos se hicieron más pequeños.

—¿Sorprendidos? —les preguntó a Jack y a Red cuando éstos se acercaron a él.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Sing-Hoi? —preguntó Jack con los puños crispados.

—Jack, siempre te he tenido por un hombre listo —le respondió el chino—, lo bastante listo como para no pensar que yo soy un estúpido. Y por lo visto ése es el concepto que tienes de mí. ¿Sabes, marinero? No me creí en ningún momento esa absurda historia que me contaste acerca de que habías comprado un barco para transportar carga por cuenta propia.

—Nunca pensé que lo hicieras…

—Eso está mejor. Y ahora, hablemos de negocios.

—No hay nada que hablar —respondió agresivamente Red.

El chino le lanzó una mirada de indiferencia.

—Dile a tu socio que cierre la boca, Jack. No estoy hablando con él sino contigo. Bien, Jack. Estoy esperando.

—Esperando ¿qué?

Sing-Hoi volvió a sonreír.

—Supongo que no habréis venido a esta isla a pescar cangrejos ¿verdad? Me da en la nariz que estáis buscando algo. Un tesoro ¿quizás?

Jack tardó unos instantes en responder. De repente se volvió a Red.

—Socio, creo que ya no vale la pena seguir jugando al gato y al ratón ¿no te parece? Ahí abajo hay suficiente para todos…

—¡Jack! —exclamó Red—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Me he vuelto práctico, profesor. Sing-Hoi no es un estúpido como él muy bien ha dicho y no sirve de nada seguir engañándole.

—Empiezas a comportarte como el hombre listo al que conozco, Jack —dijo el chino.

—Tú ganas, Sing-Hoi —Jack empezó a despojarse de su equipo de inmersión—. En efecto, hemos venido en busca de un tesoro.

—¿Y lo habéis encontrado? —los pequeños ojos de Sing-Hoi brillaron de codicia.

—Pues sí. Hace un momento hemos dado con él. Oro, joyas, diamantes… El tesoro de Ali-Babá oculto en un cofre… Vamos a hacer un trato, Sin-Hoi.

—Soy todo oídos.

—Te daremos una cuarta parte de ese tesoro si nos dejas en paz para

siempre.

—¡Pero si sólo le debemos unas miserables libras! —gritó Red.

—No es lo que le debemos, socio —argumentó Jack—. ¿Es que no lo entiendes? Es del modo cómo las ganamos. Jugando sucio ¿recuerdas? Dados trucados. Y eso se paga. ¿No es cierto, Sing-Hoi?

—Su socio tiene razón, profesor —respondió el chino—. El importe es lo de menos. Me doy por satisfecho con tu trato, Jack. Me entregas esa cuarta parte y me largo y jamás volverás a saber de mí.

—Muy bien… —Jack señaló hacia el tipo que tenía sujeto a la muchacha—. Dile que la suelte.

El chino le hizo un gesto con la cabeza a su hombre y éste soltó a Agatha. Jack encendió su pipa.

—De todos modos, Sing-Hoi —dijo Jack entre chupada y chupada—. No vamos a poder hacer nada hasta mañana. Hay que preparar concienzudamente el rescate y eso llevará tiempo. Lo comprendes ¿verdad?

—Naturalmente. Pero no hay ningún problema —respondió el chino —. Mis hombres y yo pasaremos la noche en la isla.

—Prepara algo de comer para nuestros invitados, Agatha —ordenó Jack a la muchacha.

Red fue a decir algo pero Jack le hizo un disimulado gesto para que no abriese la boca. El profesor empezó a darse cuenta de que su amigo tenía previsto algún plan.

Quince minutos después, estaban todos comiendo alrededor de la hoguera.

—¡Vuestra amiga es una cocinera admirable! —reconoció el chino.

—¿Te gustaría probar un poco de ta-ná, Sing-Hoi? —preguntó de repente Jack.

—¿Qué es eso?

—Una especie de brebaje que se bebe en esta isla. Es completamente inofensivo pero tiene buen sabor…

Sing-Hoi dejó de masticar y observó a Jack.

—No estarás intentando envenenarme ¿verdad?

El marinero soltó una carcajada.

—¡Qué imaginación la tuya! Claro que no, hombre. Además, no creo que el veneno pueda contigo…

El chiste le hizo mucha gracia al oriental y se puso a reír como un estúpido.

—Bueno ¿quieres ta-ná o no?

—De acuerdo, Jack, de acuerdo —respondió Sing-Hoi sin dejar de reír.

Jack se levantó. El chino se puso entonces rápidamente serio y uno de sus hombres se llevó rápidamente una mano al bolsillo de la americana.

—¿Adónde vas? —preguntó Sing-Hoi.

—Guardo la bebida en mi tienda. Puede acompañarme uno de tus hombres si es que no te fías de mí…

—Acompáñale, James —ordenó el chino a uno de sus hombres.

Jack, seguido de cerca por aquel tipo con cara de bulldog se dirigió a su tienda y buscó debajo del catre. Sacó su botella y se la mostró a su guardián. Este asintió con la cabeza y regresaron junto a los demás.

Jack le entregó la botella al chino.

—Tú primero, Sing-Hoi.

El oriental sonrió astutamente.

—No, Jack. Tú, primero.

Jack se encogió de hombros e hizo ver que bebía un largo trago.

—Ya lo ves. No me he muerto. Eres muy desconfiado, Sing-Hoi. Morirás viejo.

El chino bebió un trago de ta-ná y luego chasqueó la lengua.

—Hummm…, no está mal. Parece jerez.

Se fueron pasando la botella del uno al otro pero ni Jack ni Red ni Agatha apenas lo probaban. Querían que quedase lo suficiente para enloquecer a sus invitados.

El primero en sentir los efectos fue el tipo con cara de bulldog. Empezó a reír como un estúpido. El chino se pasó una mano por la cara.

—No sé qué me ocurre… —murmuró— pero…, de repente…, me han entrado ganas de… —miró con ojos vidriosos en dirección a Jack mientras el otro de sus hombres se revolcaba por la arena sin pronunciar una sola palabra como si se hubiera vuelto loco de repente.

El chino se puso de pie, tambaleándose.

—¡Hijo de perra! —gritó—. ¡Jack, eres un hijo de perra! —cayó de rodillas y se echó a reír—. Hola, mamá… ¿cómo estás, mamá? ¡Ja, ja! ¡Mamá! ¡Mamá! —de repente se puso a llorar como un niño—. Mamá…, mamaíta…

Jack se dirigió hacia la tienda.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Red.

—Voy a matarles, socio.

—¿Es necesario?

—¡Claro que es necesario, Red! —gritó Agatha—. ¿Es que no te das cuenta? ¡Quieren arrebatamos «nuestro» tesoro!

Red la miró con incredulidad.

—¿Has dicho «nuestro» tesoro? ¡Tú no entras en este negocio, nena! ¡No lo olvides!

Jack apareció con el rifle.

—Te dije que podríamos necesitarlo, socio ¿Ves como siempre tengo razón?

Y mató a Sing-Hoi y a sus hombres como si fuesen conejos…

CAPÍTULO VIII

EL entierro fue breve y barato.

Los arrojaron al mar para que fuesen pasto de los tiburones.

—¿Qué hacemos con el helicóptero? —preguntó Red.

—Ya pensaremos en ello, socio. Ahora vayamos a descansar. Mañana nos espera un día muy duro.

Una vez más, Red no pudo conciliar el sueño aquella noche. Coattú no le sentaba bien, le producía insomnio. Aunque no toda la culpa la tenía aquella isla.

Agatha…, aquellos hombres a los que Jack había matado… ¡Pero sobre todo ELLA! Le tenía loco. Quería apartarla de su mente pero era incapaz. La recordó en la fiesta del jefe Danka bailando aquella danza y luego…, luego en los brazos de Jack… Le pareció estar escuchando sus gemidos de placer… ¡Puercos! ¡Mil veces puercos! ¡Cómo se habían estado burlando de él!

Sus pensamientos se vieron súbitamente interrumpidos cuando a través de la delgada tela de la tienda vio la inconfundible silueta de Agatha. Red luchó consigo mismo para no caer en la tentación de salir detrás de ella. De repente, tuvo la impresión de que la muchacha acababa de pronunciar su nombre.

—¡Red!

El profesor asomó la cabeza.

Agatha estaba frente a él, de espaldas a la luna. Llevaba una camisa anudada a la cintura y unos diminutos shorts.

—Red, tengo que hablar contigo…

El profesor miró en dirección a Jack. Parecía estar profundamente dormido.

Salió de la tienda y se dirigió hacia ella.

—¿De qué quieres hablarme?

—Aquí no. Vayamos a un lugar donde estemos más seguros.

Extrañado, Red siguió como un corderito a la muchacha hasta una pequeña cala. Detrás de ellos se alzaban unos imponentes riscos semejantes a horribles monstruos ocultos en la oscuridad.

—Red, tengo algo muy importante que decirte…

—¿De qué se trata?

—De Jack.

—¿Qué ocurre con él?

—Piensa traicionarte.

—¿Qué?

—Sí, Red. Quiere quedarse con todo…

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

—¡Naturalmente! ¿Cómo iba a saberlo si no? Su intención es eliminarte en cualquier momento.

—Y luego largarse con el tesoro y…, contigo ¿no es así?

—Sí, Red. Ese es el plan.

El profesor se quedó pensativo. Era curioso. Jack había tenido la misma idea que él.

Miró a la muchacha. A la luz de la luna sus facciones parecían esculpidas y sus ojos brillaban como los de una gata; sus pechos se agitaban con la respiración, subían y bajaban…, subían y bajaban…

—Hay algo que no entiendo, Agatha…

—¿Qué es, Red?

—¿Por qué de pronto te muestras tan amable conmigo y me haces tu confidente?

—Porque te quiero…, porque estoy locamente enamorada de ti…

Red se quedó sin habla.

—Bromeas ¿verdad?

—Jamás he hablado más en serio en toda mi vida, Red.

El profesor no comprendía nada. La vio sonreír.

—Lo que ocurre, Red, es que los hombres sois unos tontos.

—No…, no entiendo tu forma de comportarte, Agatha —murmuró el profesor sin salir de su asombro—. Si es cierto lo que acabas de decirme, ¿por qué me has rehuido durante todo este tiempo? ¿Por qué, Agatha? ¡Te juro que no lo entiendo!

—Lo entenderás cuando te cuente una historia, cariño. Aquella

historia que no quise contarte en Sidney ¿recuerdas?

—Sí…

—Yo estaba locamente enamorada de un hombre. Se llamaba Claude. Vivía sólo para él… Pues bien, aquel canalla me dejó embarazada. Cuando se lo dije, me prometió que se casaría conmigo y aquella misma noche, me abandonó. Sufrí una crisis nerviosa terrible. Incluso estuve internada en un hospital… Perdí al hijo que estaba esperando. Pero lo único que no perdí fue mi odio hacia los hombres. Me prometí a mí misma que no volvería a enamorarme jamás… Pero al conocerte a ti…, comprendí que no podría seguir cumpliendo mi promesa. Sin embargo, luché conmigo misma para alejarte de mi pensamiento…, por ese motivo te rechazaba…, y coqueteaba con Jack. Quería convencerme que no te quería…, pero todo ha sido inútil, cariño, me has vencido…

A Red le parecía haber estado oyendo música celestial. Abrazó a Agatha con todas sus fuerzas y la besó en la boca salvajemente.

—¿Qué vamos a hacer con Jack, Red? —preguntó ella.

—Deja eso de mi cuenta, Agatha.

—No irás a matarle ¿verdad?

Red no respondió.

—¡Te quiero, Red! —oyó la acariciadora voz de la muchacha en su oído y sintió un escalofrío. ¿Era posible tanta felicidad?

—Agatha…

—¿Qué, cariño?

—No sé…, no sé cómo decírtelo sin caer en el ridículo, pero…

—Dilo, Red. Di que me deseas…

—Si…, sí, te deseo… —el profesor la abrazó contra su cuerpo como si temiera que alguien fuera a arrebatársela.

Ella le invitó a sentarse en la arena y luego empezó a desnudarse. A desnudarse para EL. Red, estaba temblando. Temblaba de deseo. Agatha, desnuda como Eva, se inclinó sobre él y le acarició por todo el cuerpo. Red pensó que iba a morirse de placer.

¡Por fin era suya! ¡Oh, Dios, cuánto había deseado aquel momento!

Instantes después, entre tos brazos de ella, Red gozó con el amor como jamás había gozado en toda su vida.

* * *

Jack había confeccionado un plano de operaciones para el rescate del tesoro.

Se lo mostró a Red y a Agatha.

—Me parece bien —dijo Red con naturalidad. No quería que su amigo se diese cuenta del profundo odio que sentía hacia él después de lo que le había contado Agatha.

—Es posible que tardemos algunas horas en rescatarlo —dijo Jack—. Está muy hundido en la arena. No será fácil sacarlo de allí.

—¿Y cómo piensas hacerlo, Jack? —preguntó Agatha.

—Utilizando un sistema muy simple. Con las manos y los cuchillos escarbaremos alrededor del cofre hasta poder arrancarlo de allí sin excesiva dificultad. Pero lo que más me preocupa es la cantidad de arena que tendremos que escarbar. Puede haber muchas capas. Eso nos llevaría varios días de trabajo.

—¿Y es necesario sacar totalmente el cofre para apoderarse de su contenido, Jack? —preguntó la muchacha.

—Desgraciadamente, sí. Está boca abajo.

—Jack —dijo Agatha—. ¿No crees que si yo os ayudara…, podríamos adelantar mucho tiempo? Quiero decir que tres personas…

—Sé lo que quieres decir, nena —respondió el marinero— pero ¿alguna vez has descendido a cuarenta metros de profundidad?

—No, claro. Pero Red tampoco lo había hecho. Y tampoco creo que sea tan difícil yendo con un experto como tú y un buen equipo de inmersión ¿no te parece?

—Mi respuesta es no, preciosa —dijo el marinero. ¿Tú qué opinas, Red?

—Creo que Jack tiene razón —respondió Red—. Es mejor que te quedes aquí, Agatha.

—Como queráis…

Diez minutos después, Jack y Red se dirigían en el bote a la zona de inmersión la cual había sido previamente señalizada con tres pequeñas boyas.

Se pusieron el equipo y se deslizaron al agua por una cuerda. Nadaron después en dirección al barco con la seguridad de quien ya conoce el camino.

Jack se introdujo por el boquete alumbrándose con la linterna. Red le siguió. Los desnudos brazos coralinos cubrían el suelo aquí y allá y una pequeña cabalgada de peces de colores atravesó lentamente el haz luminoso para irse a perder de nuevo en las tinieblas.

Red empezó a sentir miedo de aquella oscuridad, el miedo a los monstruos desconocidos que podían ocultarse en las tinieblas. Un

escalofrío le recorrió el cuerpo y su piel se cubrió de signos evidentes de la sensación que le dominaba. Y también sintió miedo de Jack. Era más fuerte que él. Podía volverse en cualquier momento y atacarle… Tenía que vigilarle constantemente y cuando llegase el momento oportuno, sería él quien le mataría…

Ahora se hallaban ante un tabique cubierto de moluscos y puntas de coral. Surgían de él unas proyecciones que podrían haber sido parte de las vigas del viejo barco. Jack señaló en dirección a otro boquete abierto bajo el tabique.

¿Qué estaba intentado decirle? ¿Que en aquel boquete se encontraba el camarote del capitán? Red ya recelaba de todo. No se fiaba de nada. ¿Y si en aquel boquete habían peces piedra? No, no se movería de donde estaba. Su plan era ir siempre detrás de Jack. Eso le proporcionaba cierta ventaja.

Jack se metió por aquel boquete. Su paso no era demasiado ancho. Red siguió al marinero y cuando se encontró en su interior de aquel boquete, volvió a sentir otro escalofrío.

Si Jack quería deshacerse de él, aquél era un buen lugar…, pero su amigo siguió avanzando y Red fue detrás de él como si se tratase de su sombra.

De pronto, Jack se detuvo.

Estaban en una especie de cámara oscura. En la parte superior de la misma, a unos tres metros aproximadamente, había otro boquete por el que asomaba lo que quedaba del palo mayor cubierto por las algas y los corales. Era una siniestra silueta que parecía estar vigilándoles.

Jack señaló en dirección al suelo.

Red se acercó con la linterna.

Allí asomaba algo.

Era el extremo de un antiguo cofre todo él forrado de metal. Red sintió en aquel momento una alegría indescriptible. La alegría que produce el triunfo y la visión de un espléndido futuro.

Jack empezó a escarbar la arena con el cuchillo y con las manos y Red le imitó. Repitieron la misma operación varias veces. La arena flotaba en torno a ellos como una auténtica polvareda que les impedía ver con claridad. Tan pronto como retiraban un puñado de ella, dos iban a rellenar el hoyo.

Red observó que Jack movía la cabeza una y otra vez como dando a entender que iba a ser muy difícil sacar el cofre de su tumba. Le hizo una indicación a Red para volver a la superficie, pero éste no le hizo

caso. Estaba enloquecido.

¡Ahora que había encontrado SU tesoro no iba a abandonarlo!

Jack le cogió por un brazo para obligarle a detenerse. Red le miró lleno de rabia. Quizás había llegado el momento de acabar con él. Ahora ya sabía dónde se encontraba su tesoro. Ya no le necesitaba para nada. Tenía que matarle antes de que Jack lo hiciera con él y aquélla era una buena ocasión.

Con un rápido movimiento clavó su cuchillo en el pecho de su amigo. Jack le miró a través de la mascarilla con los ojos desorbitados por el dolor y la sorpresa.

El agua se volvió de color rojo y Jack, con ambas manos sobre la herida, se derrumbó lentamente como un muñeco que se deshincha. Cayó sobre el suelo arenoso muy cerca del cofre.

De pronto, Red sintió miedo y regresó a la superficie…

* * *

Estaban los dos tumbados sobre la arena de la playa y Agatha le tenía entre sus brazos como una madre complaciente. Red temblaba de arrepentimiento por lo que acababa de hacer.

—¡Jamás había matado a nadie, Agatha! ¡Oh, Dios mío! En estos últimos días había pensado muchas veces en acabar con él. Tenía celos…, pero nunca supuse que pudiera llegar a hacerlo…, y lo he hecho, Agatha… ¡He matado a Jack!

—La culpa es mí.

El la miró, asombrado.

—¿Tuya?

—Sí, Red… —los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas—. Si anoche no te hubiera contado aquello. Pero tenía que hacerlo ¿comprendes? ¡Porque él iba a matarte a ti! Y yo no podía permitirlo…

Ahora fue Red quien la abrazó con fuerza.

—No, cariño. Tú no tienes la culpa de nada. Tú hiciste lo que tenías que hacer. Intentaste protegerme.

—Entonces ¿no me culpas de nada, Red? —sollozó ella.

—¡Claro que no! ¡Claro que no, mi vida!

Ella le besó en los labios.

—Oh, Red, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Sacar ese tesoro entre tú y yo…

—¿Crees que podré?

—Tendrás que intentarlo, mi vida. Yo sólo no podría.

—De acuerdo, cariño —respondió ella con una sonrisa—, Haré lo que me pidas. Otra pregunta, Red.

—¿De qué se trata, Agatha?

—¿Cómo vamos a subir el cofre hasta el bote?

—Ya he pensado en ello. No sé cómo había planeado hacerlo Jack, pero creo que tengo la solución. Vamos a cortar varias lianas de esos árboles y haremos una larga cuerda con ellas. Son tan resistentes como un cable. Luego, la anudaremos al cofre y lo subiremos hasta el bote. Lo único que tendremos que hacer después, será tirar de ella.

—Es una buena idea, Red. Una magnífica idea.

Durante más de una hora estuvieron cortando lianas de los árboles y anudándolas hasta formar una cuerda de más de cuarenta metros. Cuando terminaron estaban exhaustos pero satisfechos. La enrollaron y se dirigieron al bote.

Más tarde, cuando se encontraban en la zona de inmersión y Red estaba colocando los cilindros de oxígeno en la espalda de la muchacha le dijo:

—Sobre todo no te separes de mí. Ni tengas miedo por lo que veas. Algunos peces te parecerán monstruos pero no son más que eso, peces… ¿Tienes miedo de la oscuridad?

—No.

—Magnífico. Ahora coge tu cuchillo. Mételo en tu vaina. Lo necesitarás para escarbar. ¿Preparada?

—Sí, Red.

—Ponte la mascarilla y muerde el tubo entre los dientes.

Agatha hizo lo que Red le había pedido. Él le guiñó un ojo a través de la mascarilla y se arrojó al agua. La muchacha lo hizo detrás de él.

Bajaron perpendicularmente y luego, dando media vuelta de campana, se dirigieron al galeón. De vez en cuando, Red volvía la cabeza para comprobar si todo iba bien. Agatha se encontraba a tan sólo un par de metros de él. Todo iba correctamente.

Red se introdujo por el primer boquete alumbrándose con la linterna y luego lo hizo a través del segundo, es decir el que conducía al camarote del capitán y donde estaba encerrado el cofre, con la pericia de un consumado submarinista. Pero tampoco Agatha lo estaba haciendo mal. Allí la tenía, apenas a un par de metros de él, segura de sí misma, firme.

Sin embargo, cuando Red volvió a ver el cuerpo de Jack, no pudo evitar un escalofrío. Miró a la muchacha. Tenía sus hermosos ojos

clavados en el cadáver. Red le dio un codazo y ella pareció recobrar su estado de ánimo. El profesor le indicó con un gesto el lugar donde estaba enterrado el cofre y la muchacha asintió con la cabeza. Ambos sacaron los cuchillos de sus respectivas vainas y empezaron a escarbar. Al igual que ocurriera la primera vez, la arena apenas les permitía ver lo que estaban haciendo pero poco a poco el cofre asomó de su tumba.

Animados por su éxito, siguieron escarbando hasta que asomó la casi totalidad del mismo. Era totalmente metálico y estaba concienzudamente remachado por gruesos clavos. Red sonrió detrás de su mascarilla y lo mismo hizo la muchacha. Habían conseguido sus propósitos. Sin embargo, había transcurrido demasiado tiempo y había el riesgo de que el oxígeno de los cilindros se terminase. Por ese motivo, Red se dio prisa en enrollar la cuerda de lianas alrededor del cofre y asegurarse de que estaba convenientemente sujeto. Luego, le hizo un gesto a la muchacha para que le siguiera.

Se dirigieron con rapidez hacia la superficie. Red arrastraba la cuerda con él La muchacha iba detrás comprobando que ésta no se encallara en algún saliente.

Subieron al bote, se despojaron de las mascarillas y durante unos minutos llenaron sus pulmones de oxígeno.

—¡Ya no podía más, Red! —exclamó ella de pronto.

—Yo tampoco, nena. Pero lo hemos conseguido. ¡Ahora ayúdame a subir el cofre!

Tiraron de él con fuerza, con toda la fuerza que aún les quedaba y con la ilusión de que muy pronto iban a ser inmensamente ricos.

El cofre apareció unos minutos después como un gran pez. Lo metieron entre los dos en el bote y luego, se dejaron caer completamente abatidos, respirando fatigosamente.

—Ahí está, Agatha… —dijo entrecortadamente Red— el tesoro del Santa Lucía… nuestro futuro está en ese cofre, nena… ¡Vamos a abrirlo!

Ayudándose con la punta de su cuchillo, Red abrió el cofre y cuando vio lo que contenía dejó escapar un grito.

—¡Dios santo!

Estaba repleto de monedas de oro, viejos doblones españoles. También había joyas y brillantes. Una verdadera fortuna, un increíble sueño hecho realidad…

Red se abrazó a la muchacha.

—¡Somos ricos, cariño! ¡Somos ricos! ¡Inmensamente ricos!

De pronto, su rostro se crispó en una mueca de dolor y con los ojos

muy abiertos, retrocedió con ambas manos sobre el estómago. No podía creer lo que acababa de pasar. No podía ser cierto. Era una pesadilla. Agatha estaba frente a él, con su ensangrentado cuchillo en la mano. Le había agujereado el estómago.

—Agatha… —murmuró antes de caer sobre el cofre—. ¿Por qué…?

—Eres un pobre ingenuo, Red. Creo que siempre lo has sido. Te he estado engañando desde el principio. ¿Creíste acaso lo que te dije de Jack? ¡Pobre idiota! Tu amigo te apreciaba de verdad, jamás pensó en traicionarte… —Agatha se echó a reír—. ¡No eres más que un pobre e ingenuo profesor de Historia, Red Cameron!

Pero él ya no la escuchaba. Había muerto, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. En realidad, la muchacha tenía razón. No era más que un pobre diablo.

Agatha apartó el cuerpo del profesor y durante unos instantes contempló aquel fabuloso tesoro que ahora era únicamente suyo. Lo llevaría en el bote hasta la isla y luego lo cargaría en el helicóptero… Todo estaba perfectamente calculado… Había sido más lista que sus dos compañeros.

Dejó escapar un grito de alegría y en un gesto de suprema ambición, metió ambas manos en el cofre. Quería acariciar toda aquella fortuna. ¡SU fortuna!

Sintió un terrible pinchazo.

Agatha retiró la mano. En uno de los dedos tenía un simple arañazo. Nada más que un simple arañazo.

Pero un arañazo de un pez piedra, seguramente oculto entre aquel tesoro y en medio del océano, era mortal.

Agatha dejó escapar un alarido de dolor.

Pero nadie acudiría en su ayuda.

Nadie…

FIN

ISBN 84-7518-051-5

00031

9 788475 180519

EDICIONES
CERES, S. A.
Apartado de Correos
9.142 Barcelona

PRECIO EN ESPAÑA: 60 PTAS.

Printed in Spain - Impreso en España